

RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA, JUAN (Ca. 1581-1639)

## LA PAREDES OYEN

Personas que hablan en ella:

Don MENDO, galán  
Don JUAN, galán  
El DUQUE, galán  
El CONDE, galán  
LEONARDO, criado  
BELTRÁN, gracioso  
Doña ANA, dama viuda  
Doña LUCRECIA, dama  
CELIA, criada  
ORTIZ, escudero  
Otro ESCUDERO  
MARCELO, criado del duque  
FABIO, criado del duque  
Una MUJER  
Cuatro ARRIEROS

## ACTO PRIMERO

Salen don JUAN, vestido llanamente, y  
BELTRÁN

JUAN:  
Tiéneme desesperado,  
Beltrán, la desigualdad,  
si no de mi calidad,  
de mis partes y mi estado.  
La hermosura de doña Ana,  
el cuerpo airoso y gentil  
bella emulación de abril,  
dulce envidia de Dïana,  
mira tú, ¿cómo podrán  
dar esperanza al deseo  
de un hombre tan pobre y feo

y de mal talle, Beltrán?

BELTRÁN:

A un Narciso cortesano,  
un humano serafín  
resistió un siglo, y al fin  
la halló en brazos de un enano,  
y, si las historias creo  
y ejemplos de autores graves  
--pues, aunque sirviente, sabes  
que a ratos escribo y leo--  
me dicen que es ciego Amor,  
y sin consejo se inclina;  
que la emperatriz Faustina  
quiso un feo esgrimidor;  
que mil injustos deseos,  
puestos locamente en ella,  
cumplió Hípias, noble y bella,  
de hombres humildes y feos.

JUAN:

Beltrán, ¿para qué refieres  
comparaciones tan vanas?  
¿No ves que eran más livianas  
que bellas esas mujeres,  
y que en doña Ana es locura  
esperar igual error,  
en quien excede el honor  
al milagro de hermosura?

BELTRÁN:

¿No eres don Juan de Mendoza?  
Pues doña Ana ¿qué perdiera  
cuando la mano te diera?

JUAN:

Tan alta fortuna goza,  
que nos hace desiguales  
la humilde en que yo me veo.

BELTRÁN:

Que diste en el punto, creo,  
de que proceden tus males.  
Si Fortuna en tu humildad  
con un soplo te ayudara,  
a fe que te aprovechara

la misma desigualdad.  
Fortuna acompaña al dios  
que amorosas flechas tira;  
que en un templo los de Egira  
adoraban a los dos.  
Sin riqueza ni hermosura  
pudieras lograr tu intento;  
siglos de merecimiento  
trueco a puntos de ventura.

JUAN:  
Eso mismo me acobarda.  
Soy desdichado, Beltrán.

BELTRÁN:  
Trocar las manos podrán  
Fortuna y Amor. Aguarda.

JUAN: Si a don Mendo hace favor,  
¿qué esperanza he de tener?

BELTRÁN:  
En ése echarás de ver  
que es todo fortuna amor.  
A competencia lo quieren  
doña Ana y doña Teodora;  
doña Lucrecia lo adora;  
todas, al fin, por él mueren.  
Jamás el desdén gustó.

JUAN:  
Es bello y rico el mancebo.

BELTRÁN: ¡Cuánto mejor era Febo!  
Y Dafnes lo desdeñó.  
Y, cuando no conociera  
otro en perfección igual,  
aquesto de decir mal  
¿es defecto como quiera?

JUAN:  
Y ¿no es eso murmurar?

BELTRÁN:  
Esto es decir lo que siento.

JUAN:

Lo que siente el pensamiento  
no siempre se ha de explicar.

BELTRÁN:

Decir...

JUAN:

Que calles te digo;  
y ten por cosa segura  
que tiene, aquél que murmura,  
en su lengua su enemigo.

BELTRÁN:

Entre tus desconfianzas,  
en su casa entrar te veo;  
sin duda que el gran deseo  
engaña tus esperanzas.  
Veste en desierto lugar,  
y no cesas de dar voces,  
y, aunque tu muerte conoces,  
nadas en medio del mar.

JUAN:

Lo que en gran tiempo no ha hecho,  
hace Amor en solo un día,  
venciendo al fin la porfía.

BELTRÁN:

Que te sucede sospecho  
lo que al tahir, que en perdiendo,  
solamente con decir  
"¡que no sepa yo gruñir!"  
está sin cesar gruñendo.  
Tú dices que desesperas;  
y, entre el mismo no esperar,  
nunca dejas de intentar.  
¿Qué más haces cuando esperas?  
¿Tú piensas que el esperar  
es alguna confección  
venida allá del Japón?  
El esperar es pensar  
que puede al fin suceder  
aquello que se desea;  
y, quien hace porque sea,  
bien piensa que puede ser.

JUAN saca una carta

JUAN:

Pues si con esta invención  
en su desdén no hay mudanza,  
aunque viva mi esperanza  
morirá mi pretensión.

BELTRÁN:

El mercader mariner,  
con la codicia avarienta,  
cada viaje que intenta  
dice que será el postrero.  
Así tú, cuando imagino  
que desengañado estás,  
ya con nuevo intento vas  
en la mitad del camino.  
Mas dime. ¿Qué te ha obligado  
a tratar esta invención  
para mostrar tu afición  
pudiendo, con un criado  
de su casa, negociar  
lo que tú vienes a hacer?

JUAN:

No he de arriesgarme a ofender  
a quien pretendo obligar;  
que, como es tan delicada  
la honra, suele perderse  
solamente con saberse  
que ha sido solicitada.  
Y así, del murmurador  
pretendo que esté segura  
mi desdicha o mi ventura,  
su flaqueza o su valor;  
que aun a ti mismo callado  
estos intentos hubiera,  
si en ti, Beltrán, no tuviera  
más amigo que cesado.

BELTRÁN:

¿Toda esta casa, don Juan,  
a una mujer aposenta?

JUAN:

Seis mil ducados de renta,  
¿qué alcázar no ocuparán!

BELTRÁN:  
Celia es ésta.

Sale CELIA

CELIA:  
¿Qué mandáis,  
señor don Juan?

JUAN:  
Celia mía,  
besar las manos querría,  
si licencia me alcanzáis,  
a mi señora doña Ana.

CELIA:  
Que será imposible entiendo;  
porque se está previniendo  
para partirse mañana  
a una novena en Alcalá.

JUAN:  
¿De la corte se desvía  
cuando el celebrado día  
de San Juan tan cerca está?

CELIA:  
Para los tristes no hay fiesta.

JUAN:  
Pues, Celia, verla me importa.  
La visita será corta;  
sólo le quiero dar ésta  
que le ha venido en un pliego,  
y me dice quien la envía  
que sólo de mí confía  
el darla.

CELIA:  
Yo salgo luego.

Vase CELIA

BELTRÁN:

No hay pobre con calidad:  
si un villano rico fueras,  
a fe que nunca tuvieras  
en verla dificultad.

JUAN:

Si ella está tan de camino,  
que es justa la excusa creo.

BELTRÁN:

"Lo que con los ojos veo..."  
JUAN: Malicioso desatino.

BELTRÁN:

¿Cuánto va que no la ves?

JUAN:

De no alcanzar no se ofende  
quien lo difícil emprende.  
Mas doña Ana es muy cortés.

BELTRÁN:

Y agora ¿qué hemos de hacer?  
Que ella se parte a Alcalá.

JUAN:

En tanto que ausente está,  
aguardar y padecer

BELTRÁN:

Bueno fuera acompañarla.

JUAN:

Si como quien soy pudiera,  
forzoso el hacerlo fuera,  
si así entendiese obligarla;  
mas ni me ayuda el poder.  
ni ella lo agradecería,  
por la nota que daría  
si se llegase a entender,

BELTRÁN:

Ella sale.

JUAN:

Di, Beltrán,  
que la Aurora bella y clara.

Salen Doña ANA, viuda, y CELIA, y habla a  
CELIA aparte

ANA:  
¡Ay, Celia, y qué mala cara  
y mal talle de don Juan!

JUAN:  
Aunque me dijo, señora,  
Celia vuestra ocupación  
--Con que fuera más razón  
el no estorbaros agora--,

Dale la carta

la importancia contenida  
en esta carta que os doy,  
me disculpa.

ANA:  
Nunca estoy,  
señor don Juan, impedida  
para recibir merced  
de tan noble caballero.

JUAN:  
Vuestro soy. Respuesta espero.  
Si sois servida, leed.

ANA:  
Ser descortés me mandáis.

JUAN:  
Leed, que importa una vida  
que cerca está de perdida  
si remedio no le dais.

ANA:  
Si está su defensa en mí,  
la pena y temor dejad.

JUAN:  
El caso es grave. Mandad

que estemos solos aquí;  
que tenemos que tratar,  
y el secreto es importante.

ANA:  
Dejadnos solos.

BELTRÁN:  
(Amante Aparte  
fué el inventor de engañar.)

Vanse BELTRÁN y CELIA

JUAN:  
Pues contigo solo estoy,  
porque mi recato veas,

Va a leer doña ANA, y detiénela

oye, señora: no leas;  
que la carta viva soy.  
Que me atreva, no te altere,  
pues estoy solo contigo,  
y un agravio sin testigo  
al punto que nace muere.  
Desde que la vez primera  
vi la luz de tu arrebol  
dos veces la ha dado el sol  
a los signos de su esfera.  
Como al que el rayo tocó  
de Júpiter vengativo,  
por gran tiempo muerto, vivo  
en un instante quedó;  
como aquel que la cabeza  
de la Gorgona miraba,  
por un peñasco trocaba  
la humana naturaleza;  
tal en viéndote me veo,  
tan absorto y admirado,  
que en admirarme ocupado,  
no doy lugar al deseo;  
que esos divinos despojos  
tanta gloria me mostraron,  
que al punto me arrebataron  
toda el alma por los ojos.

ANA:

Tened, don Juan. Eso ¿para  
todo en que amor me tenéis?

JUAN:

No, porque ya lo sabéis,  
y en vano el tiempo gastara.

ANA:

¿En que os morís?

JUAN:

No, señora,  
pues ni en morir parará;  
que en el alma vivirá  
el amor que os tengo agora.

ANA:

¿Para en pedirme que os quiera?

JUAN:

Ni llega, señora, ahí,  
que no hay méritos en mí  
para que a tal me atreviera.

ANA:

Pues decid lo que queréis.

JUAN:

Quiero... Sólo sé que os quiero,  
y que remedio no espero,  
viendo lo que merecéis.  
Como el mísero doliente,  
en el lecho fatigado,  
a cualquier parte inclinado  
los mismos dolores siente.  
y, por huir del tormento,  
que en cada lado es mayor,  
busca alivio a su dolor  
en el mismo movimiento.  
Así yo con mi cuidado  
vengo a vos, dueño querido,  
no de esperanza inducido,  
sino de dolor forjado,  
por no morir con callarlo,  
no por sanar con decirlo;

que es imposible el sufrirlo  
como lo es el remediarlo.  
Y así, no os ha de ofender  
que me atreva a declarar,  
pues va junto el confesar  
que no os puedo merecer.

ANA:  
¿Queréis más?

JUAN:  
¿Qué más que a vos?  
Si entender queréis mi estado,  
en que os quiero está cifrado.

ANA:  
Pues, señor don Juan, adiós.

JUAN:  
Tened. ¿No me respondéis?  
¿De esta suerte me dejáis?

ANA:  
¿No habéis dicho que me amáis?

JUAN:  
Yo lo he dicho, y vos lo veis.

ANA:  
¿No decís que vuestro intento  
no es pedirme que yo os quiera,  
porque atrevimiento fuera?

JUAN:  
Así lo he dicho y lo siento.

ANA:  
¿No decís que no tenéis  
esperanza de ablandarme?

JUAN:  
Yo lo he dicho.

ANA:  
¿Y que igualarme  
en méritos no podéis,

vuestra lengua no afirmó?

JUAN:

Yo lo he dicho de ese modo.

ANA: Pues, si vos lo decís todo,  
¿qué queréis que os diga yo?

Vase doña ANA

JUAN:

¡Oh! venga la muerte, acabe  
con vida tan desdichada,  
que sólo puede su espada  
remediar pena tan grave.  
¿Qué delito cometí  
en quererte, ingrata fiera?  
¡Quiera Dios!... Pero no quiera;  
que te quiero más que a mí.

Salen CELIA y BELTRÁN

CELIA:

¡Ah, desdichado don Juan!

BELTRÁN: Ayúdale.

CELIA:

¡A Dios pluguiera  
que mi voluntad valiera!

Vase CELIA

BELTRÁN:

Pues, ¿qué tenemos?

JUAN:

Beltrán,  
la verdad huyo; a la esperanza  
pido engaños que alimenten mi deseo;  
eternos contra mí imposibles veo;  
nado en un golfo, ni de un leño asido.  
Con el vuelo de amor más atrevido,  
no subo un paso; y aunque más peleo,  
al fin vencido soy de lo que creo,  
vencedor sólo en lo que soy vencido.  
Así, desesperado victorioso,

niego al deseo engaños, y a la gloria  
más vivo anhela, si su muerte sigo.  
¡Triste, donde es el no esperar forzoso,  
donde el desesperar es la vitoria,  
donde el vencer da fuerza al enemigo!

BELTRÁN:

¡Triste, donde es forzoso andar contigo,  
donde hallar qué comer es gran vitoria,  
donde el cenar es siempre de memoria!

Vanse don JUAN y BELTRÁN. Salen el CONDE,  
don MENDO y ORTIZ, escudero

MENDO:

A mi señora Lucrecia  
dad, Ortiz, ese papel.

Dale un papel a ORTIZ

ORTIZ:

Guárdeos Dios.

Vase ORTIZ

MENDO:

Cosa crüel.  
Conde, es una mujer necia.

CONDE:

¿Cómo?

MENDO:

Con celos y amor  
sale Lucrecia de sí.

CONDE:

¿Con causa don Mendo?

MENDO:

Sí;  
mas tanto el yerro es mayor.  
Si por doña Ana estoy ciego.  
ella ¿qué ha de remediar  
con reñir y con celar,  
sino añadir fuerza al fuego?

CONDE:

(¡Quieran, Lucrecia, los cielos    Aparte  
que te mude esta mudanza,  
y a mi perdida esperanza  
abran la puerta tus celos!)  
Y vos ¿qué le respondéis?

MENDO:

Nunca el negar hizo daño.

CONDE:

Mejor fuera el desengaño,  
si en otra parte queréis.

MENDO:

Dañarme, Conde, podría;  
que su amor causó en mi pecho  
terrible incendio, y sospecho  
que hay centellas todavía.  
Y quien antiguo cuidado  
arraigado al alma tiene,  
ha de obligar el que viene  
sin despedir el pasado;  
que mil veces se agradó  
de la novedad Cupido,  
y vuelve a buscar, rendido,  
lo que arrogante dejó.

CONDE:

Avariento sois de amor.

MENDO:

Más el de doña Ana estimo.

CONDE:

Y ella ¿os quiere?

MENDO:

Pienso, primo,  
que merezco su favor.

CONDE:

¿Que hay de Teodora?

MENDO:

Quería  
que yo fuese su marido,  
como si hubieran nacido  
mis abuelos en Turquía.

CONDE:  
Sin ser loca, yo no creo  
que ninguna mujer pida  
la esclavitud de una vida  
por la muerte de un deseo.

MENDO:  
Pues ya, después que mi amor  
sacó pies amedrentado,  
en ella crece el cuidado  
y, al paso de él, mi rigor.  
Ya, sin esa condición,  
estimara mis favores.

CONDE:  
Dichoso sois en amores.

MENDO:  
En el signo de León,  
Marte y Venus concurrieron  
de mi nacimiento el día;  
y, si hay cierta astrología,  
ellos amable me hicieron.  
Mas, adiós primo, que es tarde  
y a doña Ana quiero ver;  
que hoy su sol se va a poner  
en Alcalá.

CONDE:  
Dios os guarde.

Vase el CONDE. Sale LEONARDO

LEONARDO:  
El coche a la puerta está;  
que ya se parte imagino.

MENDO:  
Tenme el coche de camino  
a la puerta de Alcalá.  
Parta al punto el repostero

y encárgales, por mi vida,  
que esté a punto la comida  
en la venta de Vivero.  
Haz cómo doña Ana vea  
en mi prevención mi amor.

LEONARDO:

Toda tu gente, señor,  
su vida en tu gusto emplea.

Vanse don MENDO y LEONARDO.  
Salen doña ANA, de camino, y CELIA

ANA:

¿De qué vas triste? ¿De qué  
lo van todas mis doncellas?  
Habla, dime sus querellas.

CELIA:

Señora, verdad diré,  
pues obligación me pones.  
Tienen tus criadas todas  
en la esperanza sus bodas  
y en la corte sus pasiones;  
y, como de aquí a seis días  
es la noche de San Juan  
--cuando los amantes dan  
indicios de sus porfías--  
sienten el ver que esa noche  
en la corte no han de estar.

ANA:

Pues pierdan, Celia, el pesar;  
que, por la posta, en un coche  
conmigo entonces vendrán.  
Porque se alegre mi gente  
gozaré secretamente  
de la noche de San Juan,  
y volveréme a la aurora  
a proseguir mis novenas.

CELIA:

Alivie el cielo tus penas.  
Mas ¿no era mejor, señora,  
dilatarse esta partida?

ANA:

Si sabes que estoy muriendo  
por dar la mano a don Mendo,  
y no hay cosa que lo impida  
sino el cumplir las novenas  
que a San Diego prometí,  
¿dilataré, estando así,  
el remedio de mis penas?  
Con esta trata que doy  
ninguna queda quejosa.

CELIA:

Hágate el cielo dichosa.  
A darles la nueva voy.

ANA:

Encárgales, por mi vida,  
el secreto.

CELIA:

Así lo haré.  
Don Mendo viene.

Vase CELIA

ANA:

Tendré  
buen agüero en la partida.

Sale don MENDO, de color

MENDO:

Los campos de Alcalá, bella señora,  
desdeñan los favores del verano,  
y de la fértil Flora  
no solicitan ya la diestra mano,  
después que primaveras les reparte  
la dichosa esperanza de mirarte.  
Los arroyos--que esperan ser espejos  
en quien de esos dos soles celestiales  
se miren los reflejos  
transforman sus corrientes en cristales;  
y el agua, en cambio de besarlos, grata  
hace a tus blancos pies puente de plata.  
Al nuevo sol que nace agradecidas,  
en verdes ramos las cantoras aves,

a coros divididas,  
dando a los vientos músicas süaves,  
para explicar la gloria de este día  
articular intentan su armonía.  
Parte ¡o feliz! que el céfiro süave  
lisonjear pretende codicioso  
la rodadora nave,  
de nueva Europa Júpiter dichoso,  
por quien, en Indias vuelto Manzanares,  
España de sus glorias hace a Henares.  
Parte ¡o primero móvil adorado!,  
de quien siguiendo voy el movimiento,  
si bien arrebatado  
--pues tras mi centro corro--, no violento,  
que yo, si lo merezco, gloria mía,  
voy a ser el lucero de ese día.

ANA:  
Los campos de esperanza matizados,  
la consonancia dulce de las aves,  
los cristales cuajados,  
las lisonjas del céfiro süaves,  
en nada estimo; y estimara sólo  
llevar por mi lucero al mismo Apolo.  
Mas, cuando el corazón lo solicita,  
forzosa acción de amor correspondiente,  
ni el honor acredita,  
ni el estado que tengo lo consiente.

MENDO:  
Es imán de mis ojos tu presencia.

ANA:  
Justo efecto de Amor es la obediencia.

MENDO:  
¿Sin ti quieres dejarme?

ANA:  
Yo, don Mendo,  
parto sin ti.

MENDO:  
¿Qué mucho? Vas helada  
cuando yo quedo ardiendo.

ANA:

¡Segura fuese yo, como abrasada!

MENDO:

No me apartes de ti si desconfías.

ANA:

Vive el recato entre las ansias mías.

MENDO:

¿No me llamas tu dueño?

ANA:

Y de mis ojos,  
cierta lengua del alma, lo has sabido.

MENDO:

¿De quién temes enojos,  
cuando te adoro yo, de ti querido?

ANA:

Hasta el "sí" conyugal temo mudanza;  
que no hay dentro del mar cierta bonanza.  
En tanto que a mis deudos comunico  
la dichosa elección de vuestra mano,  
y devota suplico  
en Alcalá a su dueño soberano  
que lleve a fin feliz mi intento nuevo,  
y las novenas pago que le debo,  
puede mudarse vuestro amor ardiente  
y quedar mi opinión en opiniones  
del vulgo maldiciente,  
que a lo peor aplica las acciones.

MENDO:

¿Mudarme yo?

ANA:

Temores son de amante.

MENDO:

Más parecen cautelas de inconstante.  
Si ya nuevo cuidado te fatiga,  
el fingido recato, ¿qué pretende?  
Declárate, enemiga.  
No el desengaño, la mudanza ofende.

Vete segura. Ocuparé entre tanto  
el alma en celos y la vida en llanto.

ANA:

Ofendes mi lealtad si desconfías;  
mas porque de tu error te desengañes,  
pon secretas espías,  
prueba mi fe, como mi honor no dañes.

MENDO:

Confianza tendré, mas no paciencia,  
contra el rigor, señora, de tu ausencia.

Sale CELIA

CELIA:

Doña Lucrecia, señora,  
viene a visitarte.

ANA:

¿Quién?

CELIA:

Tu prima.

MENDO:

(A impedir mi bien      Aparte  
la trae mi desdicha agora.)

Sale doña LUCRECIA, con manto, y ORTIZ

LUCRECIA:

No quise, prima, dejar  
de verte en esta partida.

ANA:

Ni yo, Lucrecia querida,  
me partiera sin pasar  
por tu casa, porque el ver  
al pasar tu rostro hermoso,  
fuese presagio dichoso  
del viaje que he de hacer.

Doña LUCRECIA habla aparte a don MENDO

LUCRECIA:

Niégame agora, traidor,  
las verdades que estoy viendo.

ANA:  
¿Qué le dices a don Mendo?

LUCRECIA:  
Del vestido de color  
le pregunto la ocasión;  
porque de irte a acompañar  
lo indicia el tiempo y lugar,  
y fuera galante acción.

ANA:  
Tan alto merecimiento  
con mi humildad no conviene,  
y, más que lisonja, tiene  
malicia ese pensamiento.  
Mas, si conmigo partiera,  
de parecer, prima, soy,  
que, pues yo de negro voy,  
de color no se vistiera.

CELIA:  
Ya bien te puedes partir,  
que los coches han venido.

ANA:  
Que no me olvides te pido.

LUCRECIA:  
Por puntos te he de escribir.

ANA:  
Adiós, don Mendo.

MENDO:  
Señora,  
en el coche os dejaré.

ANA:  
Si alguno en la calle os ve,  
sospechará lo que agora  
ha sospechado mi prima.  
Quedaos y salid después.

MENDO:

Yo obedezco, y vuestros pies  
sigue el alma que os estima.

Vanse doña ANA y CELIA. Saca un papel  
LUCRECIA y muéstraselo a Don MENDO

LUCRECIA:

¿Conoces este papel?

MENDO:

Yo, Lucrecia, lo escribí.

LUCRECIA:

Junta lo que has hecho aquí  
con lo que dices en él.  
Traidor, fingido, embustero,  
engañoso, ¿a ti te dan  
apellido de Guzmán  
y nombre de caballero?  
¿Qué sangre puede tener  
quien tiene pecho traidor?  
¿Es hazaña de valor  
engañar una mujer?

MENDO:

Oye, señora...

LUCRECIA:

No muevas  
esos fementidos labios;  
que intentas nuevos agravios  
con satisfacciones nuevas.

MENDO:

Pues ¿qué quieres? ¿Condenarme,  
sin oír satisfacción,  
por sola una presunción?

LUCRECIA:

¿Qué disculpa puedes darme?  
¿Presunción llamas, traidor,  
esta tan clara probanza  
de mi agravio y tu mudanza?

MENDO:

En lo que fundas mi error  
fundo la satisfacción.  
¿No te dijo de mi parte  
tu escudero, que de hablarte  
deseaba una ocasión,  
donde el descargo sabrías  
del recelo que te abrasa?  
Tuve aviso de tu casa  
que a ver tu prima salías,  
y vine a esperarte aquí,  
y adelantéme en llegar,  
por no dar que sospechar  
viéndome venir tras ti.  
¡Mira por qué me condenas!

LUCRECIA:

¿De modo que te disculpas  
multiplicando tus culpas  
y acrecentando mis penas?  
Causa doña Ana mi daño,  
¡y con hallarte con ella  
das remedio a mi querella!

MENDO:

Porque fuese el desengaño  
en su presencia más fuerte.

LUCRECIA:

¿Qué desengaño me diste?

MENDO:

Como tu pena encubriste,  
no quise, hablando, ofenderte;  
mas ten cierta confianza,  
para asegurar tus celos,  
que en el orden de los cielos,  
antes que en mí, habrá mudanza.  
Tuyo soy.

LUCRECIA:

Las obras creo.

MENDO:

Presto, con la voluntad  
de tu padre, su verdad  
te mostrará mi deseo.

Sale el CONDE

CONDE:

(¿Dónde hay con celos cordura?)      Aparte  
¡Lucrecia hermosa! ¡Don Mendo!

MENDO:

Conde, que venís entiendo  
traído de mi ventura;  
que Lucrecia ha de saber  
de vos lo que hablamos hoy  
de su amor.

CONDE:

Testigo soy.

MENDO:

Eso a solas ha de ser;  
que pensará que os obligo  
con mi presencia a abonarme.

Vase don MENDO

LUCRECIA.

(¡Tú dejas, para informarme      Aparte  
en tu favor, buen testigo!)

CONDE:

¿He de decir la verdad?

LUCRECIA:

Para eso quedas aquí.

CONDE:

Pues escúchala de mí,  
pague o no mi lealtad.  
Y por prevenir el daño,  
si acaso no me creyeres,  
ten secreto lo que oyeres  
y averigua si es engaño.  
Que, pues me dijo don Mendo  
que cuente lo que hoy pasó,  
cumpliendo lo que él mandó,  
nadie dirá que le ofendo;  
que, aunque su intento haya sido

que use contigo de engaño,  
no debo para mi daño  
darme yo por entendido.  
Dando hoy para ti un papel  
don Mendo a Ortiz, tu criado,  
desdeñoso y enfadado,  
me dijo, "¡Cosa crüel,  
Conde, es una mujer necia;  
Después que a doña Ana di  
en servir, sale de sí  
de amor y celos Lucrecia."  
Yo le dije, "¿No es mejor  
no engañarla?" Y respondió,  
"Mil veces lo que dejó  
volvió a desear amor,  
Y este caso previniendo,  
nada pierdo en conservalla."

LUCRECIA:

¿Qué enredos inventas? Calla.  
¿Tal pudo decir don Mendo?  
¿Que tu afición agradezca  
quieres así disponer?  
¿Piensas que te he de querer  
aunque a don Mendo aborrezca?

CONDE:

Oye.

LUCRECIA:

No me digas nada.

CONDE:

Averígualo advertida,  
y dame pena ofendida,  
o premio desengañada.  
Y, si por amarte yo,  
duda en mi verdad has puesto,  
sírvate de indicio aquesto,  
ya que de probanza no.  
Él va tras ella a Alcalá,  
y no es éste mal testigo  
del desengaño que digo.  
Despacha tú quien allá,  
con cuidado y sin pasión,  
secretamente lo siga;

y, si mi verdad te obliga,  
premia un leal corazón;  
que será culpable error  
que prefiera tu cuidado  
un engaño averiguado  
a un averiguado amor.

LUCRECIA:

La verdad diciendo estás,  
que si negándola estoy,  
no es que crédito no doy,  
sino que pena me das.  
¡Ah, falso! ¡Ah, mal caballero!  
¡Plega a Dios que, en igual grado  
amante y desengañado,  
pruebes el mal de que muero!  
¡Pluguiera a Dios, conde mío,  
pudiera, en esta ocasión,  
mudarse la inclinación  
al paso del albedrío!  
Mas vive cierto, señor,  
que, si me has dicho verdad,  
te dará mi voluntad  
lo que te niega mi amor.

CONDE:

Yo lo estimo de esa suerte.

LUCRECIA:

Tanto más me deberás  
cuanto me forzare más,  
conde, por corresponderte.

Vanse doña LUCRECIA y el CONDE. Salen don JUAN y  
BELTRÁN, de noche

BELTRÁN:

El duque Urbino esta noche  
bien pudiera perdonarte.

JUAN:

¿Qué puede querer?

BELTRÁN:

Llévate  
querrá consigo en el coche,

amarrado a un duro banco,  
sin poderte entretener,  
cuando el decir y el hacer  
anda por las calles franco.  
Que, noche de San Juan, hallo,  
si un peón sabe embestir,  
que suele solo rendir  
más que treinta de a caballo;  
que hay mujer que, en el engaño  
que en esta noche previene,  
librados los gustos tiene  
de los deseos de un año.  
Cuál llega al poblado coche  
de angélica jerarquía,  
y, siendo paje de día,  
pasa por marqués de noche;  
cuál sin pensar se acomoda  
con la viuda disfrazada,  
que, entre galas de casada,  
hurta los gustos de boda;  
cuál encuentra y desbarata  
una sarta de doncellas,  
de quien son las manos bellas  
engasaduras de plata;  
cuál se llega a las que van  
brindando los retozones,  
y trueca a mil refregones  
un pellizco que le dan.

JUAN:  
Quien los encuentros enseña,  
encuentre con un azar.

BELTRÁN:  
¿Es el azar encontrar  
una mujer pedigüeña?  
Si ése temes, en tu vida  
en poblado vivirás,  
porque ¿dónde encontrarás  
hombre o mujer que no pida?  
Cuando dar gritos oyeres,  
diciendo, "Lienzo" a un lencero,  
te dice, "Dame dinero,  
si de mi lienzo quisieras."  
El mercader claramente  
diciendo está sin hablar,

"Dame dinero, y llevar  
podrás lo que te contente."  
Todos, según imagino,  
piden, que para vivir,  
es fuerza dar y pedir  
cada uno por su camino.  
Con la cruz el sacristán,  
con los responsos el cura,  
el monstruo con su figura,  
con su cuerpo el ganapán;  
el alguacil con la vara,  
con la pluma el escribano,  
el oficial con la mano  
y la mujer con la cara.  
Y ésta, que a todos excede,  
con más razón pedirá,  
pues que más que todos da,  
y menos que todos puede.  
Y el miserable que el dar  
tuviere por pesadumbre  
--ellas piden por costumbre--  
hago costumbre en negar;  
que tanto, desde que nacen,  
el pedir usado está,  
que pienso que piden ya  
sin saber lo que se hacen.  
Y así, es fácil el negar;  
porque se puede inferir  
que quien pide sin sentir,  
no sentirá no alcanzar.

JUAN:

Aunque más razones halles,  
no has de quitarme el temor,  
Beltrán; que el azar mayor  
es el no tener que dalles;  
y más si la que he adorado  
se dignase de mis dones.

BELTRÁN:

¿Aún te duran tus pasiones?

JUAN:

Ardo más, más desdeñado.

BELTRÁN:

Éste es el duque.

Salen el DUQUE y don MENDO, de noche

DUQUE:  
¡Don Juan!

JUAN:  
Déme los pies vueselencia.

DUQUE:  
Ya acusaba vuestra ausencia.

JUAN:  
Si don Mendo de Guzmán,  
Apolo de discreción,  
acompañándoos está,  
señor, ¿qué falta os hará  
el que en su comparación  
luz de una estrella no envía?

MENDO:  
Merced recibo de vos.

DUQUE:  
La amistad de entre los dos  
extraña la cortesía.

JUAN:  
Decidme, pues, el intento  
con que hemos sido llamados.

MENDO:  
Aquí tenéis dos criados.

DUQUE:  
Dadme, pues, oído atento.  
Hombre que a la corte viene  
recién heredado y mozo  
--pájaro que estrena el viento  
nave que se arroja al golfo--  
que a los ojos de su rey  
y a los populares ojos,  
ni debe mostrar flaqueza  
ni puede esconder el rostro,  
ha de regir sus acciones

por los expertos pilotos,  
obligados, por parientes;  
por amigos, cuidadosos  
con esta ley os obligo,  
y con esta fe os escojo  
capitanes veteranos  
de este soldado bisoño.  
Acompañadme los dos,  
advertidme lo que ignoro,  
decidme el nombre, el estado  
y la calidad de todos;  
y en lo de las cortesías  
principal cuidado os pongo,  
advirtiéndome que con nadie  
pretendo pecar de corto;  
que el señor siempre es señor,  
como Apolo siempre Apolo,  
aunque en lugares indignos  
entren sus rayos hermosos.  
Lengua honrosa, noble pecho,  
fácil gorra, humano rostro,  
son voluntarias Argeles  
de la libertad de todos.  
Enseñadme los bajíos  
en que tocar suelen otros;  
cuál es Acates fiel,  
y cuál Sinón cauteloso;  
Ya del dulce lisonjero  
el veneno en vaso de oro,  
ya la canora sirena,  
porque me defienda sordo.  
Al fin, los dos sois el hilo;  
la corte, el cretense monstruo.  
Por mi corren mis aciertos,  
y mis yerros por vosotros.

MENDO:

Yo confieso que es muy débil  
para ese cielo este polo;  
mas suplirán mis deseos  
el defecto de mis hombros.

JUAN:

De no ser un Quinto Fabio  
hoy con mi suerte me enojo;  
mas el que soy, obediente

a serviros me dispongo.

DUQUE:

Con eso, en nombre de Dios,  
seguro a la mar me arrojó.  
Vamos andando las calles  
mientras pregunto y me informo.

MENDO:

Ésta es la calle Mayor.

JUAN:

Las Indias de nuestro polo.

MENDO:

Si hay Indias de empobrecer,  
yo también Indias la nombro.

JUAN:

Es gran tercera de gustos.

MENDO:

Y gran cosaría de tontos.

JUAN:

Aquí compran las mujeres.

MENDO:

Y nos venden a nosotros.

DUQUE:

¿Quién habita en estas casas?

JUAN:

Don Lope de Lara, un mozo  
muy rico, pero más noble.

MENDO:

Y menos noble que tonto.

Hacen dentro ruido de bailar

DUQUE:

Tened, que bailan allí.

JUAN:

San Juan es fiesta, de todos.

MENDO: Yo aseguro que van éstos  
más alegres que devotos.

DUQUE:

¿Quién vive aquí?

JUAN:

Una viuda,  
muy honrada y de buen rostro.

MENDO:

Casta es la que no es rogada;  
alegres tiene los ojos.

BELTRÁN:

¡Bien haya tan buena lengua! Aparte  
¡Vive Cristo, que es un Momo!

JUAN:

Esta imagen puso aquí  
un extranjero devoto.

MENDO:

Y, entre aquestas devociones,  
no le sabe mal un logro.

JUAN:

Un regidor de esta villa  
hizo este hospital famoso.

MENDO:

Y primero hizo los pobres.

BELTRÁN:

(Por Dios, que lo arrasa todo.) Aparte

Salen doña ANA y CELIA a la ventana

ANA:

Hoy hace, Celia, tres años  
que mi esposo, con sus días,  
dió fin a mis alegrías  
y dió principio a mis daños.

CELIA:

Si de Alcalá te veniste  
sólo a gozar la alegría  
que Madrid hace este día,  
¿por qué quieres estar triste?  
¿Por qué con esta memoria  
tan injusta guerra mueves  
contra el contento que debes  
a noche de tanta gloria?  
Ya que tu luto funesto  
te impide salir de casa  
hoy, que los límites pasa  
el estado más honesto,  
y estar quieres encerrada  
noche que el uso permite  
que los altares visite  
la doncella más honrada;  
con quien pasa, tus enojos  
divierte, señora mía,  
y niegue esta celosía  
lo que conceden tus ojos.  
Las doce han dado, señora.  
Oye del segundo esposo  
el pronóstico dichoso.

ANA:  
A don Mendo el alma adora.

MENDO:  
Don Juan de Mendoza...

ANA:  
¡Ay, Dios!  
¿Don Mendo no es el que habló?

CELIA:  
Sí, mas a don Juan nombró.

ANA:  
¿Quién duda que de los dos  
es don Mendo de Guzmán  
pronóstico para mí?  
Pues antes su voz oí  
que no el nombre de don Juan.

CELIA:  
Mas ¿qué fuera que ordenara

el destino soberano  
que tu blanca hermosa mano  
para don Juan se guardara?

ANA:

Calla, necia. ¿Quién pensó  
tan notable desatino?  
¿Qué importará que el destino  
quiera, si no quiero yo?  
Del cielo es la inclinación:  
el sí o el no todo es mío;  
que el hado en el albedrío  
no tiene jurisdicción.  
¿Cómo puedo yo querer  
hombre cuya cara y talle  
me enfada sólo en miralle?

CELIA:

El amor lo puede hacer.

ANA:

Sólo quitará el morirme,  
Celia, a don Mendo mi mano;  
que está el plazo muy cercano  
y mi voluntad muy firme.

DUQUE:

¿Cúyos son estos balcones?

JUAN:

De doña Ana de Contreras.  
El sol, por sus vidrieras,  
suele abrasar corazones.

ANA:

Escucha, que hablan de mí.

DUQUE:

¿Es la viuda de Siqueo?

JUAN:

La misma.

DUQUE:

Verla deseo.

MENDO:

Pues agora no está aquí.  
(Ni yo en mí, que estoy sin ella.) Aparte

DUQUE:

¿Dónde fue?

MENDO:

Velando está  
a San Diego en Alcalá.

DUQUE:

La fama dice que es bella.

JUAN:

Pues por imposible siento  
que en algo la haya igualado  
el dibujo que ha formado  
la fama en tu pensamiento;  
que en belleza y bizarría,  
en virtud y discreción,  
vence a la imaginación,  
si vence a la noche el día.

MENDO:

(¡Plega a Dios que esta alabanza Aparte  
no engendre en el Duque amor,  
que con tal competidor  
mal vivirá mi esperanza.  
Yo quiero decir mal de ella  
por quitar la fuerza al fuego.)  
Ciego sois, o Yo soy ciego,  
o la viuda no es tan bella.  
Ella tiene el cerca feo,  
si el lejos os ha agradado;  
que yo estoy desengañado,  
porque en su casa la veo.

DUQUE:

¿Visitáisla?

MENDO:

Por pariente,  
alguna vez la visito;  
que si no, fuera delito,  
según es impertinente.

ANA:  
(¡Ha, traidor!)    Aparte

MENDO:  
Si el labio mueve  
su mediano entendimiento,  
helado queda su aliento  
entre palabras de nieve.

BELTRÁN habla aparte con don JUAN

BELTRÁN:  
¡Ya escampa!

JUAN:  
¿Que trate así  
un caballero a quien ama?

BELTRÁN:  
Esto dice de su dama.  
¡Mira qué dirá de ti!

MENDO:  
Pues la edad no sufre engaños,  
aunque la tez resplandece.

Hablan aparte doña ANA y CELIA

ANA:  
¡Ah, falso! ¿Qué te parece?  
Aun no perdona mis años.

MENDO:  
Mil botes son el Jordán  
con que se remoja y lava.

Hablan aparte el DUQUE y don MENDO

DUQUE:  
Pues ¿cómo don Juan la alaba?

MENDO:  
Para entre los dos, don Juan  
es un buen hombre; y si digo  
que tiene poco de sabio,

puedo, sin hacerle agravio.  
Vuestro deudo es y mi amigo;  
mas esto no es murmurar.

JUAN:  
¡Que queráis poner defeto  
en tan hermoso sujeto!

MENDO:  
En la rosa suele estar  
oculta la aguda espina.

JUAN:  
Ellos son gustos, y al mío,  
o del todo desvarío,  
o esta mujer es divina.

MENDO:  
Poco sabéis de mujeres.

JUAN:  
Veréisla, duque, algún día,  
y acabará esta porfía  
de encontrados pareceres.

MENDO:  
(Don Juan me quiere matar,     Aparte  
y aquello mismo que he hecho  
para sosegar el pecho  
del duque, me ha de dañar.)

CELIA:  
¿Qué te parece?

ANA:  
Estoy loca.

CELIA:  
¿A este hombre tienes amor?

ANA:  
El pecho abrasa el furor.  
Fuego arrojó por la boca.  
¿Posible es que tal oí?  
Vil, ¿a quien te quiere infamas  
¿Así tratas a quien amas?

CELIA:

No ama quien habla así.  
Él te engaña.

ANA:

Claro está.  
Di que me traigan un coche.  
Volvamos, Celia, esta noche  
a amanecer a Alcalá,  
que lo que agora escuché,  
castigo del cielo ha sido  
por haber interrumpido  
las novenas que empecé.

CELIA:

Antes este desengaño  
le debes a esta venida.

ANA:

Si con él pierdo la vida,  
mejor me estaba el engaño.

Vanse doña ANA y CELIA. Hacen dentro ruido  
de cuchilladas

MENDO:

Allí suenan cuchilladas.

DUQUE:

Estas damas, de mi voto,  
sigamos.

Vase el DUQUE

MENDO:

Es más devoto  
de mujeres que de espadas.

Vase don MENDO

JUAN:

Y así al más amigo abona;  
para que advertido estés.

BELTRÁN:

Su lengua, en efeto, es  
la que a nadie no perdona.

Vanse don JUAN y BELTRÁN

## ACTO SEGUNDO

Salen el DUQUE, don JUAN y BELTRÁN, todos de color

DUQUE:  
¿Cómo los toros dejáis?

JUAN:  
Viéndome sin vos en ellos,  
estaba de los cabellos.  
¿Del juego, cómo quedáis?  
Que era robado el partido.

DUQUE:  
Cogieronme de picado.  
He perdido, y me he cansado.

JUAN:  
Mil cosas habéis perdido:  
el descanso, y el dinero  
y los toros.

BELTRÁN:  
¡Que haya juicio  
que del cansancio haga vicio,  
y tras un hinchado cuero,  
que el mundo llama pelota,  
corra ansioso y afanado!  
¡Cuánto mejor es, sentado,  
buscar los pies a una sota  
que moler piernas y brazos!  
Si el cuero fuera de vino,  
aun no fuera desatino  
sacarle el alma a porrazos.  
Pero, ¡perder el aliento  
con una y otra mudanza,  
y alcanzar, cuando se alcanza,

un cuero lleno de viento,  
y cuando, una pierna rota,  
brama un pobre jugador,  
ver, al compás del dolor,  
ir brincando la pelota!

JUAN:

El brazo queda gustoso,  
si bien la pelota dio.

BELTRÁN:

Séneca la comparó  
al vano presuntuoso;  
y esa semejanza ha dado  
sin duda al juego sabor,  
porque no hay gusto mayor  
que apalea un hinchado.  
mas, si miras el contento  
de un jugador de pelota,  
y un cazador, que alborota  
con halcón la cuerva al viento,  
¿por dicha tendrás la risa  
viendo que a presa tan corta  
que, vencida, nada importa,  
corre un hombre tan de prisa,  
que apenas tocan la hierba  
los caballos voladores?  
¡Válgaos Dios por catadores  
¿Qué os hizo esa pobre cuerva?

DUQUE:

De la guerra has de pensar  
que es la caza semejanza,  
y así el ardid, la asechanza  
el seguir y el alcanzar  
es gustoso pasatiempo.

BELTRÁN:

¿Mil contra una cuerva? Sí,  
bien dices; que son así  
las pendencias de este tiempo.

JUAN:

Beltrán, satírico estás.

BELTRÁN:

¿En qué discreto, señor,  
no predomina ese humor?

JUAN:

Como matas morirás.

BELTRÁN:

En Madrid estuve yo  
en corro de tal tijera,  
que la pegaba cualquiera  
al padre que lo engendró;  
y, si alguno se partía  
del corro, los que quedaban  
mucho peor de él hablaban  
que él de otros hablado había.  
Yo, que conocí sus modos,  
a sus lenguas tuve miedo,  
y--¿qué hago?--esto me quedo  
hasta que se fueron todos.  
Pero no me valió el arte;  
que, ausentándose de allí,  
sólo a murmurar de mí  
hicieron un corro aparte.  
Si el maldiciente mirara  
este solo inconveniente,  
¿hallárase un maldiciente  
por un ojo de la cara?

JUAN:

¿Fuera por eso peor?

BELTRÁN:

Espántome que eso ignores.  
Más que cien predicadores  
importa un murmurador.  
Yo sé quién ni con sermones,  
ni cuaresmas, ni consejos  
de amigos sabios y viejos,  
puso freno a sus pasiones,  
ni sus costumbres redujo  
en gran tiempo; y solamente  
de temor de un maldiciente,  
vive ya como un cartujo.

DUQUE:

Digo que tenéis, don Juan,

entretenido criado.

JUAN:

Es agudo, y ha estudiado  
algunos años Beltrán.

DUQUE:

¿Qué hay de doña Ana?

JUAN:

Esta noche  
parte, sin duda, a Madrid.

DUQUE:

Nuestra invención prevenid.

JUAN:

Ella, Duque, va en su coche;  
su gente, en uno alquilado.

DUQUE:

Bien nos viene.

JUAN:

Así lo espero.

DUQUE:

¿Apercibióse el cochero?

JUAN:

Ya, señor, lo he concertado.

DUQUE:

¿Y está en los toros doña Ana?

JUAN:

No la he visto; pero sé  
que, cuando en ellos esté,  
ni en andamio ni en ventana  
de suerte estará que pueda  
ser de nadie conocida;  
que no por fiestas olvida  
obligaciones que hereda.

DUQUE:

¿Cuántos toros vistes?

JUAN:

Tres,  
y entró don Mendo al tercero,  
despreciando en un overo  
al amor y al interés.  
Salió con verde librea,  
robando así corazones,  
que aun el toro a sus rejonos  
con su muerte lisonjea.

DUQUE:

¿Tan bueno anduvo el Guzmán?

JUAN:

En todo es hombre excelente  
don Mendo.

DUQUE:

(¡Cuán diferente      Aparte  
suele hablar él de don Juan!)  
Cansado estoy.

JUAN:

Reposar  
podéis, señor, entre tanto  
que da Tetis con su manto  
a nuestra invención lugar.

DUQUE:

Que a su tiempo me despiertes,  
te encargo.

Vase el DUQUE

JUAN:

Tendré cuidado.

BELTRÁN:

¿Por qué, señor, no has pintado  
caballos, toros y suertes?  
Que con eso, y con tratar  
mal a los calvos, hicieras  
comedias, con que pudieras  
tu pobreza remediar.  
A que te cuenten me obligo,

seiscientos por cada una.

JUAN:

Pues supongamos que en una  
eso que me adviertes digo.  
En otra, ¿qué he de decir?  
Que a un poeta le está mal  
no variar; que el caudal  
se muestra en no repetir.

BELTRÁN:

Para dar desconocidos  
estos platos duplicados,  
dar aquí calvos asados,  
y acullá calvos cocidos.  
Pero, señor, a las veras  
vuelva la conversación.  
¿No me dirás la intención  
que llevan estas quimeras?  
¿Para qué se han prevenido  
los dos capotes groseros?  
¿Qué es esto de los cocheros?

JUAN:

Escucha. Irás advertido.

Desde aquella alegre noche  
que al gran Precursor el suelo  
celebra por alba hermosa  
del Sol de Justicia eterno,  
de la encontrada porfía  
en que me opuso don Mendo,  
a mil gracias que conté  
de doña Ana, mil defetos,  
en el corazón del duque  
nació un curioso deseo  
de cometer a sus ojos  
la definición del pleito.  
A don Mendo le explicó  
el Duque este pensamiento,  
y para ver a doña Ana,  
quiso que él fuese el tercero.  
Él se excusó, procurando  
divertirlo de este intento,  
o temiendo mi victoria,  
o anticipando sus celos.

Creció en el mancebo duque  
el apetito con esto;  
que, sospechando su amor,  
hizo tema del deseo.  
Declaróme su intención,  
y yo en su ayuda me ofrezco,  
dándome esperanza a mí  
lo que temor a Don Mendo.  
Y como doña Ana estaba  
aquí, velando a San Diego,  
venimos hoy a los toros  
más por verla que por verlos.  
Y sabiendo que esta noche  
se parte mi dulce sueño,  
por quien ya comienza Henares  
el lloroso sentimiento;  
por poder gozar mejor  
de su cara y de su ingenio,  
porque las gracias del alma  
son alma de las del cuerpo,  
tratamos acompañarla,  
sirviéndole de cocheros,  
nuevos faetones del sol,  
si atrevidos, no soberbios.  
Con los cocheros ha sido  
para este fin el concierto,  
para esto la prevención  
de los capotes groseros;  
que a tales trazas obliga  
en ella el recado honesto,  
en el Duque sus antojos  
y en mí, Beltrán, mis deseos.

BELTRÁN:

Todo lo demás alcanzo,  
y eso postrero no entiendo.  
¿Cómo en el amor del Duque  
funda el tuyo su remedio?

JUAN:

Mientras sin contrario fuerte  
ame a doña Ana don Mendo,  
ella está en su amor muy firme.  
A mudarla no me atrevo;  
y como el duque es persona  
a cuyas fuerzas y ruegos

puede mudarse doña Ana,  
que la conquiste pretendo,  
para que, andando mudable,  
entre los fuertes opuestos,  
no estando firme en su amor,  
esté flaca a mi deseo.

BELTRÁN:

Esa es cautela que enseña  
el diestro don Luis Pacheco  
que dice que está la espada  
más flaca en el movimiento.

JUAN:

Mejor se sujeta entonces.  
De esa lición me aprovecho.

BELTRÁN:

Y dime, por vida tuya,  
¿agora sales con esto?  
¿No eres tú quien me dijiste,  
"Si de esta vez no la muevo,  
morirá mi pretensión,  
aunque vivan mis deseos?"

JUAN:

Imita mi amor al hijo  
de la tierra, aquel Anteo,  
que, derribado, cobraba  
nueva fuerza y valor nuevo.

BELTRÁN:

Pensé que, desesperado,  
lo curabas como a muerto;  
que aunque la traza es aguda,  
pongo gran duda en su efeto;  
que el duque es muy poderoso.  
Llevará la.

JUAN:

Por lo menos,  
si vence, alivio será  
que por un duque la pierdo;  
y si no, consolaráme  
ver que lo que yo no puedo,  
tampoco ha podido un duque.

BELTRÁN:

En fe de aquesos consuelos,  
has cortado la cabeza  
totalmente a tus intentos,  
y estando tu mal dudoso,  
has querido hacerlo cierto.  
Quieres que el duque la lleve  
por quitársela a don Mendo,  
y, del daño, el daño mismo  
has tomado por remedio.  
El epigrama que a Fanio  
hizo Marcial, viene a pelo.

JUAN:

¿Cómo dice?

BELTRÁN:

Traducido,  
dice así, en lenguaje nuestro:

"Queriendo Fano hüir  
sus contrarios, se mató."  
¿No es furor, pregunto yo,  
para no morir, morir?

JUAN:

El epigrama es agudo;  
mas la aplicación te niego;  
que no es, como tú imaginas,  
que venza el duque, tan cierto;  
que si él es grande de España  
es el querido don Mendo,  
y esto es ser grande también  
en la presencia de Venus.

BELTRÁN:

Grandes son los dos contrarios,  
y tú, señor, muy pequeño;  
mas, si Fortuna te ayuda,  
juzgo posible tu intento.  
Dos valientes salteadores,  
por un hurto que habían hecho  
riñeron; que cada cual  
lo quiso llevar entero;  
y, mientras ellos reñían,

un ladroncillo ratero  
cogió la presa.

JUAN:  
Dios quiera  
que me suceda lo mismo.

Vanse don JUAN y BELTRÁN. Salen Doña  
ANA y doña LUCRECIA, de camino

ANA:  
¿Cómo en los toros te ha ido?

LUCRECIA:  
Jamás hicieron provecho  
en las dolencias del pecho  
los remedios del sentido;  
que en un rabioso cuidado,  
tanto con el alma asisto,  
que, aunque los toros he visto,  
prima, no los he mirado.

ANA:  
Yo apostaré que hay amor.

LUCRECIA:  
Forzoso es ya que te cuente,  
porque el daño no se aumente,  
la causa de mi dolor.  
Doce veces ha vestido  
Febo de luz a su hermana,  
después, hermosa doña Ana,  
que me sujetó Cupido.  
Mas no fácil en mi amor  
llevó el que adoro la palma;  
que al postrer precio del alma  
le rendí el primer favor.  
Hasta aquí te lo he callado,  
porque muestra liviandad  
la que sin necesidad  
manifiesta su cuidado;  
mas ya que teme el amor,  
si callo, un agravio injusto,  
viendo que se anega el gusto,  
se arroja a nado el honor.  
Don Mendo es, pues, el sujeto

por quien quiso amor que muera;  
que menor causa no hiciera  
en mi tan tirano efeto.  
Supe que daba en mirar  
tu belleza soberana;  
que sólo por ti, doña Ana,  
me pudiera a mí olvidar.  
A mi celosa querella  
satisfacer intentó;  
mas aunque el fuego aplacó,  
quedó viva la centella.  
Supe que a Henares venía  
hoy con galas y librea.  
¿Por quién quieres tú que sea,  
si a mí en Madrid me tenía?  
Pedí a mi padre licencia  
para venir a Alcalá,  
y porque estabas tú acá,  
me ha permitido esta ausencia.  
No vine a los toros, no,  
mas a impedir nuestro daño,  
con que sepas tú tu engaño  
y mi desengaño yo.  
Y, porque probar pretendo  
mi verdad, este papel  
mira, y confirma con él  
las traiciones de don Mendo.  
A los celos satisface  
de que yo cargo le hice.  
Mira de ti lo que dice  
y contigo lo que hace.

Da un papel a doña ANA y ella  
lee

ANA:

"Tu sentimiento encareces  
sin escuchar mis disculpas.  
Cuanto sin razón me culpas,  
tanto con razón padeces.  
Si miras lo que mereces,  
verás cómo la pasión  
te obliga a que, sin razón,  
agravies, en tu locura,  
con las dudas, la hermosura;  
con los celos, la elección.

Lucrecia, de ti a doña Ana  
ventaja hay más conocida  
que de la muerte a la vida,  
de la noche a la mañana.  
¿Quién a la hermosa Diana,  
trocará por una estrella?  
Deja la injusta querella,  
desengaña tus enojos,  
que tengo un alma y dos ojos  
para escoger la más bella."

LUCRECIA:

¿Qué dices de ese papel?

ANA:

Si estás viendo, prima, aquí  
lo que él ha dicho de mí,  
¿qué quieres que diga de él?  
Pierde el cuidado crüel  
que te obliga a recelar,  
cuando así me ves tratar,  
si es cosa cierta el nacer  
la injuria de aborrecer  
y la alabanza de amar.  
Mas, cansada te imagino.  
Entra a reposar un rato;  
que, para hablar de tu ingrato,  
será tercero el camino.

LUCRECIA:

Mi celoso desatino  
el sueño me ha de impedir.

ANA:

A las doce es el partir  
forzoso.

LUCRECIA:

Y tú ¿no reposas?

ANA:

No, Lucrecia; que mil cosas  
me faltan por prevenir.

LUCRECIA:

¿Puedo ayudarte?

ANA:  
Ayudarme  
dejarme sola será.

LUCRECIA:  
El obedecerte es ya  
forzoso.

Vase doña LUCRECIA

ANA:  
Como el matarme.  
Celia, ven, ven a ayudarme  
a lamentar mi tormento;  
presta tu voz a mi aliento,  
que en desventura tan grave  
por una boca no cabe  
a salir el sentimiento.

Sale CELIA

CELIA:  
¿Qué ha sido?

ANA:  
Nuevos agravios  
del vil don Mendo; que, en suma,  
firma también con la pluma  
lo que afirmó con los labios.

CELIA:  
Mudar consejo es de sabios.  
Hasta aquí nada has perdido;  
tu misma vista y oído  
te han avisado tu daño.  
Agradece el desengaño  
que a tan buen tiempo ha venido.  
Quien así te injuria ausente  
y presente lisonjea,  
o, engañoso, te desea,  
o, deseoso, te miente;  
y, cuando cumplir intente  
lo que ofrece y ser tu esposo,  
si ordinario, y aun forzoso  
es el cansarse un marido,

¿cómo hablará arrepentido  
quien habla así deseoso?

ANA:

No es, Celia, mi corazón  
ángel en aprehender,  
que nunca pueda perder  
la primera aprehensión.  
No es bronce mi corazón,  
en quien viven inmortales  
las esculpidas señales;  
mudarse puede mi amor.  
Si puede, ¿cuándo mejor  
que con ocasiones tales?  
No pienses que está ya en mí  
tan poderoso y entero  
el gigante amor primero  
a quien tanto me rendí.  
Desde la noche que oí  
mis agravios, la memoria  
en tan afrentosa historia  
tan rabiosamente piensa,  
que entre el amor y la ofensa  
dudaba ya la vitoria.  
Pero con tan gran pujanza  
la nueva injuria ha venido,  
que del todo se ha rendido  
el amor a la venganza.

CELIA:

¿Serás firme en la mudanza?

ANA:

O el Cielo mi mal aumente.

CELIA:

Tus venturas acreciente  
como el contento me ha dado  
tu pensamiento, mudado  
de un hombre tan maldiciente.  
Que desde que, estando un día  
viéndote por una reja,  
la cerré y me llamó vieja,  
sin pensar que yo le oía,  
tal cual soy, no lo querría,  
si él fuese del mundo Adán.

ANA:

Que eran botes mi Jordán  
dijo de mí; ¿qué te altera  
que a tus años se atreviera?

CELIA:

¡Cuán diferente es don Juan!  
Ofendido y despreciado  
es honrar su condición,  
cuanto el lengua de escorpión  
ofende, siendo estimado.  
Una vez, desesperado,  
don Juan se quejaba así:  
"¿Qué delito cometí  
en quererte, ingrata fiera?  
¡Quiera Dios!... Pero no quiera;  
que te quiero más que a mí."  
¡Si vieras la cortesía  
y humildad con que me habló  
cuando licencia pidió  
para verte el otro día!  
¡Si vieras lo que decía  
en mi defensa a un criado,  
que porfiaba arrojado  
que, si yo dificultaba  
la visita, lo causaba  
ser él pobre y desdichado!  
¡Si vieras!... Pero ¿qué vieras  
que igualase a lo que viste,  
cuando del traidor le oíste  
defenderte tan de veras?  
Ya te ablandaras si fueras  
formada de pedernal.

ANA:

¿Qué te obliga a que tan mal  
te parezca mi desdén?

CELIA:

Tener a quien habla bien  
inclinación natural  
y sin ella, me obligara  
la razón a que lo hiciera.

ANA:

Celia, ¡si don Juan tuviera  
mejor talle y mejor cara!

CELIA:

Pues, ¿cómo? ¿En eso repara  
una tan cuerda mujer?

En el hombre no has de ver  
la hermosura o gentileza:  
su hermosura es la nobleza;  
su gentileza el saber.

Lo visible es el tesoro  
de mozas faltas de seso,  
y, las más veces, por eso  
topan con un asno de oro.  
Por esto no tiene el moro  
ventanas; y es cosa clara  
que, aunque al principio repara  
la vista, con la costumbre  
pierde el gusto o pesadumbre  
de la buena o mala cara.

ANA:

No niego que, desde el día  
que defenderme le oí,  
tiene ya don Juan en mí  
mejor lugar que solía;  
porque el beneficio cría  
obligación natural.

Y, pues el rigor mortal  
aplacó ya mi desdén,  
principio es de querer bien  
el dejar de querer mal.

Pero, no fácil se olvida  
amor que costumbre ha hecho,  
por más que se valga el pecho  
de la ofensa recibida,  
y una forma corrompida  
a otra forma hace lugar.

Mas bien puedes confiar  
que el tiempo irá introduciendo  
a don Juan, pues a don Mendo  
he comenzado a olvidar.

CELIA:

¿Podré yo ver el papel?

ANA:

Pide luces, que la oscura  
noche impedirte procura  
ver mis agravios en él.

CELIA:

Ya están las luces aquí.

ANA:

Ten el papel.

Dale el papel a CELIA. Sale el ESCUDERO

ESCUDERO:

Dos cocheros  
piden licencia de veros.

ANA:

Entren.

ESCUDERO:

Entrad.

Salen el DUQUE y don JUAN, de cocheros

JUAN:

Pues a ti  
nunca te ha visto, seguro  
habla de ser conocido;  
mientras yo callo, escondido,  
en manto de sombra oscuro.

DUQUE:

El cielo os guarde, señora.

ANA:

Bien venido.

DUQUE:

Acá me envía  
el cochero que os servía,  
y no puede hacerlo agora,  
rendido a un dolor crüel.  
¿A qué hora habéis de partir?  
Que os tengo yo de servir  
esta jornada por él.

ANA:  
¿Tanto es su mal?

JUAN:  
Por lo menos,  
no podrá servirlos hoy.

ANA:  
Pésame.

DUQUE:  
Persona soy  
con quien no lo echaréis menos.

ANA:  
A media noche esté el coche  
prevenido a la carrera.

DUQUE:  
Y será la vez primera  
que el sol sale a media noche.

ANA:  
¿Cómo es eso?

DUQUE:  
¿Cómo es eso?

ANA:  
¿Tierno sois?

DUQUE:  
¿Es contra ley?  
Alma tengo como el rey;  
aunque este oficio profeso,  
no huyo de amor los males,  
que, si por ellos no fuera,  
yo os juro que no estuviera  
cubierto de estos sayales.

ANA:  
Pues qué ¿son disfraz de amor  
por infanta pretendida?

DUQUE:

Puede ser.

ANA:

(¡Bien, por mi vida! Aparte  
El cochero tiene humor.)

CELIA:

Don Mendo viene.

ANA:

Id con Dios,  
y a media noche os espero.

DUQUE:

Tengo, por mi compañero,  
también que tratar con vos;  
que es suyo el coche en que va  
vuestra gente; y esta noche  
ya veis cuánto vale un coche,  
y concertado no está.  
La visita recibid,  
que los dos esperaremos.

ANA:

Por eso no reñiremos  
si con bien llego a Madrid.

DUQUE:

Señora, entre padres e hijos  
parece bien el concierto.

Apártase el DUQUE con don JUAN. Salen don MENDO y LEONARDO

MENDO:

¡Gloria a Dios, que llego al puerto  
de combates tan prolijos!

DUQUE:

Escuchar pretendo así  
si a don Mendo favorece  
doña Ana.

JUAN:

Pues ¿qué os parece?

DUQUE:

Que por mi daño la vi...

Salen doña LUCRECIA y ORTIZ

LUCRECIA:

¡Don Mendo con ella, cielos!

ORTIZ:

¿Si sabe que estás acá?

Pónese LUCRECIA a escuchar

LUCRECIA:

Cerca el desengaño está.

ORTIZ:

Hoy averiguas tus celos.

MENDO:

¿Qué es esto, doña Ana hermosa?

¿No me respondes? ¿Qué es esto?

¿Quién ha mudado tan presto  
mi fortuna venturosa?

¿Tú, señora, estás así  
grave y callada conmigo?

¿Quién me ha puesto mal contigo?

¿Quién te ha dicho mal de mí?

Habla. Dime tu querella.

ANA:

¿Tú puedes causarme enojos  
teniendo "un alma y dos ojos  
para escoger la más bella?"

MENDO:

(Palabras son que escribí      Aparte  
a la engañada Lucrecia.)

Esperado habrá la necia  
Lucrecia tener de mí  
favor con hacerme daño;  
mas no pienso que le importe.

Vamos, señora, a la corte,  
verás si la desengaño...

LUCRECIA:

(¡Ah, falso!)      Aparte

MENDO:

...que su favor  
no estimo, porque concluya,  
lo que una palabra tuya,  
aunque la engendre el rigor.

ANA:

¿Cómo, pues, "si el labio mueve  
mi mediano entendimiento,  
helado queda mi aliento  
entre palabras de nieve?"

MENDO:

(Don Juan le debió de dar      Aparte  
cuenta de nuestra porfía;  
mas aquí la industria mía  
las suertes ha de trocar;  
que si la verdad confieso  
y que el amor y el poder  
temí del duque, es mujer,  
y despertará con eso.)  
Vuelve ese rostro, en que veo  
cifrado el cielo de amor.

ANA:

Don Mendo, así está mejor  
quien tiene "el cerca tan feo".

MENDO:

Yo colijo que don Juan  
de Mendoza, mal mirado,  
la contienda te ha contado  
de la noche de San Juan;  
que conozco esas razones  
que el necio dijo de ti,  
porque yo le defendí  
tus divinas perfecciones.

JUAN:

(¡Ah, traidor!)      Aparte

DUQUE:

Disimulad.

MENDO:

Pero don Juan bien podía  
callar, pues que yo quería  
perdonar su necedad.  
Mas ya que estás de esa suerte  
de mí, señora, ofendida,  
porque le dejé la vida,  
a quien se atrevió a ofenderte,  
no me culpes; que el estar  
el duque Urbino presente  
pudo de mi furia ardiente  
el ímpetu refrenar.

CELIA:  
¡Qué embustero!

ANA:  
(¡Qué engañoso!) Aparte

CELIA:  
¡Mira con quién te casabas!

MENDO:  
Si por eso me privabas  
de ver ese cielo hermoso,  
vuelve; que presto por mí  
cortada verás la lengua  
que en tus gracias puso mengua.

ANA:  
Pues guárdate tú de ti.

MENDO:  
¿Yo de mí? ¿Luego yo he sido  
quien te ofendió?

ANA:  
Claro está.  
¿Quién si no tú?

MENDO:  
¿Cuánto va  
que ese falso fementido,  
lisonjero universal  
con capa de bien hablado,  
por adularte ha contado  
que él dijo bien y yo mal?

Mas brevemente verán  
estos ojos, dueño hermoso,  
castigado al malicioso.

ANA:

"Para entre los dos, don Juan  
es un buen hombre; y si digo  
que tiene poco de sabio,  
puedo, sin hacerle agravio:  
vuestro deudo es y mi amigo;  
mas esto no es murmurar."

MENDO:

Eso dije a solas yo  
al duque, que se admiró  
de verle vituperar  
lo que yo tanto alabé.

ANA:

Dilo al revés.

MENDO:

Según esto,  
quien contigo mal me ha puesto  
el Duque sin duda fué.  
¡Aun no ha llegado a la corte  
y ya en enredos se emplea!  
¡O piensa que está en su aldea,  
para que nada le importe  
su grandeza o calidad  
al necio rapaz conmigo,  
para no darle el castigo?

DUQUE:

(¡Ah, traidor!)    Aparte

JUAN:

Disimulad.

ANA:

¿Qué sirven falsas excusas,  
qué quimeras, qué invenciones,  
donde la misma verdad,  
acusa tu lengua torpe?  
Hablas tú tan mal de mí  
sin que contigo te enojés,

¿y enójaste con quien pudo  
contarme tus sinrazones?  
Quien te daña es la verdad  
de las culpas que te ponen.  
pecaste y yo lo supe,  
¿qué importa saber de dónde?  
Pues nadie me ha referido  
lo que hablaste aquella noche.  
Verdad te digo, o la muerte  
en agraz mis años corte.  
Y siendo así, sabes tú  
que son las mismas razones  
las que aquí me has escuchado  
que las que dijiste entonces.  
Y pues las sé, bien te puedes  
despedir de mis favores,  
y, a toda ley, hablar bien,  
porque las paredes oyen.

Vase doña ANA

MENDO:

Vuelve, escucha. dueño hermoso,  
lo que mi fe te responde;  
y pues oyen las paredes,  
oye tú mis tristes voces.

LUCRECIA:

(Mas que de tristeza mueras.)    Aparte

Vanse doña LUCRECIA y ORTIZ

CELIA:

(Mas que eternamente llores.)    Aparte

DUQUE:

¿De dónde pudo doña Ana  
saber lo que aquella noche  
hablamos?

JUAN:

Yo no lo he dicho.

DUQUE:

Ni yo.

Vase el DUQUE

JUAN:  
Las paredes oyen.

Vase don JUAN

MENDO:  
Oyeme tú, Celia. Así  
tus floridos años logres.

CELIA:  
Las que ya llamaste canas,  
¿cómo agora llamas flores?

MENDO:  
¿Quién te ha dicho tal de mí,  
Celia?

CELIA:  
Las paredes oyen.

Vase CELIA

MENDO:  
¿Qué es esto, suerte enemiga?  
¿Por tan falsas ocasiones,  
tan verdadera mudanza  
en voluntad tan conforme?  
¡Que pueda ser, quien me ha dado  
los más estrechos favores  
a mi acusación, de cera,  
y a mi descargo, de bronce!  
¿A mis contrarios escuchas?  
¿A malos terceros oyes?  
¿A mí el oído me niegas?  
¿A mí la cara me escondes?

LEONARDO:  
Con la pasión no discurre.  
¿Posible es que no conoces  
que tan estraños efetos  
a mayor causa responden?  
No por las culpas que dice  
hay mudanza en sus amores,  
antes por haber mudanza

aquestas culpas te pone.  
Que si el enojo que ves  
causaran tus sinrazones,  
no tan resuelta negara  
los oídos a tus voces;  
que, a quien obligan ofensas  
de quien ama a que se enoje,  
la satisfacción desea  
cuando la culpa propone.  
Doña Ana no quiso oírte,  
y, así, me espanta que ignores  
que culpas ha menester,  
pues huye satisfacciones;  
y el que anda a caza de culpas,  
intención resuelta esconde,  
y pretende dar color  
de castigo a sus errores.

MENDO:  
Bien imaginas.

LEONARDO:  
Señor,  
ciego estás, pues no conoces  
su desamor en su ausencia,  
su engaño en sus dilaciones.  
Dilató por las novenas  
el matrimonio. Engañóte;  
que no hay mujer que al amor  
prefiera las devociones.  
Con secreto caminaba  
a otro fin su trato doble;  
y, por si no lo alcanzase,  
entretuvo sus amores.  
Ya lo alcanzó, y te despide  
sin que en descargo le informes;  
que ha menester que tus culpas  
su injusta mudanza abonen.

MENDO:  
Agudamente discurre;  
mas por los celestes orbes  
juro que me he de vengar  
de su rigor esta noche.

LEONARDO:

Poderoso eres, señor.

MENDO:

De allá han salido dos hombres.

LEONARDO:

Cocheros son de doña Ana.

MENDO:

La Fortuna me socorre.

Salen el DUQUE y don JUAN, de  
cocheros

DUQUE:

Ni vi hermosura mayor,  
ni igual discreción oí.

JUAN:

¿Luego a don Mendo vencí?

DUQUE:

Preguntádselo a mi amor,  
¡Vive el cielo, que estoy loco!

JUAN:

(Mi invención es ya dichosa.) Aparte

DUQUE:

Será mi esposa.

JUAN:

¿Tu esposa?

DUQUE:

Sí.

JUAN:

(Ni tanto ni tan poco.) Aparte

MENDO:

Dios os guarde, buena gente.

DUQUE:

¿Quién va allá?

MENDO:  
Don Mendo soy  
de Guzmán.

DUQUE:  
Por darle estoy      Aparte  
el castigo aquí.

JUAN:  
Detente;  
que es de doña Ana esta puerta.

DUQUE:  
¿Qué mandáis?

MENDO:  
Que me digáis,  
pues a doña Ana lleváis,  
¿a qué hora se concierta  
la partida?

DUQUE:  
A media noche.

MENDO:  
Una cosa habéis de hacer,  
que me obligo a agradecer.

DUQUE:  
Decidla.

MENDO:  
Apartar el coche  
en que fuere vuestro dueño  
del camino un trecho largo,  
haciendo del yerro cargo  
a la obscuridad o al sueño.

DUQUE:  
¿Para qué fin?

MENDO:  
Solamente  
hablarle pretendo, amigos,  
con espacio y sin testigos.

DUQUE:

¿Cosa que algún hecho intente  
que nos cueste?...

MENDO:

No os dé pena,  
cuando yo os amparo, el miedo.  
La obligación en que os quedo  
publique aquesta cadena

Dale una cadena, y tómalala el DUQUE

que podéis los dos, partir.

DUQUE:

No, señor.

MENDO:

Esto ha de ser.

DUQUE:

Una cosa habéis de hacer  
si os habemos de servir.

MENDO:

Hablad, pues.

DUQUE:

Que a la ocasión  
no vais más de dos amigos;  
porque cuantos son testigos,  
tantos enemigos son.

MENDO:

Solos iremos los dos.  
De esto la palabra os doy.

DUQUE:

Con eso, a serviros voy.

MENDO:

Y yo a seguiros.

DUQUE:

Adiós;  
que es hora ya de partir.

JUAN:  
¿Dónde con tu intento vas?

DUQUE:  
Presto, don Juan, lo verás.

Vanase el DUQUE y don JUAN

MENDO:  
Manda luego apercebir,  
Leonardo los dos rocines  
de campo, para alcanzar  
esta fiera. Hoy he de dar  
a esta caza dulces fines.

LEONARDO:  
No lo dudes, pues está  
tan de tu parte el cochero.

MENDO:  
Como eso puede el dinero.

LEONARDO:  
Contra su dueño será,  
si de su favor te ayudas

MENDO:  
El primer cochero agora  
no será que a su señora  
haya servido de Judas.

Vanse el DUQUE y LEONARDO. Salen tres ARRIEROS y  
una MUJER, cantan

ARRIERO 1:  
"Venta de Viveros,  
¡dichoso sitio,  
si el ventero es cristiano,  
es moro el vino!  
¡Sitio dichoso,  
si el ventero es cristiano,  
y el vino es moro!"

ARRIERO 2:  
"Con mi albarda y mi burro

no envidio nada;  
que son coches de pobres  
burros y albardas."

MUJER:

"Tan gustosa vengo  
de ver los toros,  
que nunca se me quitan  
dentre los ojos."

ARRIERO 3:

"Unos ojos que adoro  
llevo a las ancas.  
¿Quién ha visto los ojos  
a las espaldas?"

ARRIERO 4:

¿Gruñes, o gritas, o cantas? Dentro

OTRO:

Mis males espanto así Dentro

ARRIERO 4:

¿Somos tus males aquí? Dentro  
Porque también nos espantas.

OTRO:

Calla, y toma mi consejo; Dentro  
que no es la miel para tí.

ARRIERO 4:

¿Fuiste a ver los toros? Dentro

OTRO: Sí.

Dentro

ARRIERO 4:

¿Pues no hay en tu casa espejo? Dentro

ARRIERO 2:

¡Ah del coche! ¿Dónde bueno?  
del camino se han salido.

ARRIERO 4:

O el cochero se ha dormido, Dentro  
o han de hacer noche al sereno.

ARRIERO 2:

¡Ah, Faetón de los cocheros, Dentro  
que te pierdes! Por acá.

ARRIERO 4:

Por esos trigos se va. Dentro

ARRIERO 2:

Y tras él dos caballeros.

ARRIERO 1:

De malas lenguas se quita  
quien va al desierto a morar.

ARRIERO 2:

No van ellos a rezar;  
que por allí no hay ermita.

ARRIERO 4:

Arre, mula de Mahoma; Dentro  
ella hace burla de mí.  
Dale, Francisco.

ARRIERO 2:

Echa aquí.

ARRIERO 1:

Arre: ¿qué diablo te toma?

Vanse los ARRIEROS y la MUJER

MENDO:

Pára, cochero. Dentro

ANA:

¿Quién es? Dentro

MENDO:

Don Mendo soy. Dentro

ANA:

¡Anda! Dentro

MENDO:

¡Pára! Dentro

Salen don MENDO y doña ANA, doña LUCRECIA y LEONARDO

ANA:

¿Quién sino tú se mostrara conmigo tan descortés?

MENDO:

Mi exceso y atrevimiento disculpo con tu mudanza.

ANA:

Llámala justa venganza y cuerdo arrepentimiento.

MENDO:

¿Quién lo causó?

ANA:

Tus traiciones.

MENDO:

¡Ah, falsa! ¿Engañarme piensas  
¿Acreditas mis ofensas  
por abonar tus acciones?  
Pues no lograrás tu intento.

Llega a pelear don MENDO con doña ANA, LUCRECIA a ayudarla, y LEONARDO a tener a LUCRECIA

ANA:

¿Qué es esto?

MENDO:

Justo castigo de tu mudanza.

ANA:

¿Conmigo tan grosero atrevimiento?

LUCRECIA:

¡Justicia de Dios!

LEONARDO:

Teneos.

ANA:

¿Hay excesos más extraños?

MENDO:

A pesar de tus engaños  
he de lograr mis deseos.

Salen el DUQUE y don JUAN, de cocheros; sacan las  
espadas y dan sobre ellos

DUQUE:

La venganza nos convida.

ANA:

¿Dónde están mis escuderos?  
Vendido me han los cocheros.

DUQUE:

Por vos, señora, la vida  
vuestros cocheros darán.

MENDO:

¿A don Mendo os atrevéis,  
viles?

LEONARDO:

Cocheros, ¿qué haréis?  
¡Que es don Mendo de Guzmán!  
A vuestro coche os volved.

MENDO:

Furias del infierno son.

LUCRECIA:

¡Qué pena!

ANA:

¡Qué confusión!

Retírense don MENDO y LEONARDO, y el DUQUE y  
don JUAN van tras ellos

¡Cocheros, tened, tened!

Vanse doña ANA y doña LUCRECIA

## ACTO TERCERO

Salen doña ANA y CELIA; el DUQUE y don JUAN;  
todos como acabaron la segunda jornada

ANA:

¿No advertís lo que habéis hecho?  
¿Cómo tan despacio estáis?

DUQUE:

Por nosotros no temáis.  
Quietad el hermoso pecho;  
pues, con probar la violencia  
que intentó aquel caballero,  
en nuestro favor espero  
que tendremos la sentencia.  
Y por su reputación  
le estará más bien callar.  
No penséis que ha de tratar  
de tomar satisfacción  
por justicia un caballero.  
¿No veis lo mal que sonara  
que herido se confesara  
del brazo vil de un cochero  
un tan ilustre señor,  
dueño de tantos vasallos?  
De estos casos el callar  
es el remedio mejor.

ANA:

Siéntome tan obligada  
de vuestro valor extraño,  
que el temor de vuestro daño  
toda me tiene turbada.

DUQUE:

No temáis.

ANA:

El pecho fiel  
el daño está previniendo.

DUQUE:

Quien pudo herir a don Mendo  
podrá defenderse de él.

Hablan a secreto doña ANA y CELIA

CELIA:

En hablar tan cortesanos,  
tan valientes en obrar,  
mucho dan que sospechar  
estos cocheros.

ANA:

Las manos  
les mira, que la verdad  
nos dirán.

CELIA:

Es gran razón  
pagarles la obligación  
que tienes a su lealtad.

Toma CELIA las manos al DUQUE y vuélvese a  
hablar aparte a doña ANA

Pues por estas manos queda  
tu honestidad defendida.  
¡Ay, señora de mi vida!  
Blandas son como una seda  
y, en llegando cerca, son  
sus olores soberanos.

ANA:

¿Buen olor, y buenas manos?  
Clara está la información.  
Disimula.

Don JUAN se está escondiendo detrás del DUQUE

CELIA:

(El otro está      Aparte  
siempre cubierto y callado.

Va CELIA por detrás de todos a coger de cara  
a don JUAN

Cogerélo descuidado,  
pues la aurora alumbra ya  
lo que basta a conocerlo.

ANA:

Amigos, puesto que así  
os arriesgastes por mi  
sin obligación de hacerlo,  
de esta casa y de mi hacienda  
os valed.

DUQUE:

Los pies os beso,  
mas yo no paso por eso;  
que no es razón que se entienda  
que fue sin obligación  
el serviros; pues de un modo  
se la pone al mundo todo  
vuestra rara perfección.  
Porque a quien os llega a ver,  
dais gloria tan sin medida,  
que aunque os pague con la vida,  
os queda mucho a deber.

Sale de detrás don JUAN

CELIA:

Y vos, ¿sois mudo, cochero?  
¿De qué estáis triste? Volved,  
alzad el rostro, aprended  
ánimo del compañero.  
El que riñó sin temer,  
¿teme sin reñir agora?

DUQUE:

En vano os cansáis, señora;  
que es mudo.

CELIA:

Bien puede ser.  
(Mas yo don Juan de Mendoza   Aparte  
pienso que es... Él es. ¿Qué dudo?  
El triste se finge mudo  
por no perder lo que goza  
mientras encubierto está.)

Hablan aparte doña ANA y CELIA

¿Quién dirás, señora, que es  
el callado?

ANA:  
Dilo pues.

CELIA:  
¿Quién piensas tú que será?

ANA:  
No lo sé.

CELIA:  
Quién puede ser  
quien, siendo gran caballero,  
quisiese ser tu cochero  
sólo por poderte ver?  
¿Quién el que, con tal valor  
en un lance tan estrecho,  
pusiese a la espada el pecho  
por asegurar tu honor?  
¿Quién el que en penar se goza  
por tu amor, y tu desdén  
sigue enamorado? ¿Quién  
sino don Juan de Mendoza?

ANA:  
Bien dices. Sólo él haría  
finezas tan extremadas.

CELIA:  
Bien merecen ser premiadas.

ANA:  
Que no las pierde, confía.

DUQUE:  
El sol sale, porque vos  
--que sol al mundo habéis sido  
en tanto que él ha dormido--  
reposéis agora. Adiós,  
y, así los cielos, que os dan  
belleza, os den larga vida,  
que no os inquiete la herida

de don Mendo de Guzmán.

Vase el DUQUE

ANA:

Tras la ofensa que ha intentado,  
no hay por qué inquietarme pueda;  
que ni aun la ceniza queda  
en mí del amor pasado.  
Detén a don Juan, que quiero  
hablarle.

CELIA:

A servirte voy

ANA:

Y mientras con él estoy,  
entretén al compañero.

CELIA habla a don JUAN que se retiraba siguiendo al  
DUQUE

CELIA:

Señor cochero fingido,  
mi dueño os llama. Esperad.

JUAN:

¡Un!...

CELIA:

No hay "un." Volved y hablad;  
que ya os hemos conocido.

Vase CELIA

JUAN:

Eso debo a mi ventura.

ANA:

¿Qué es esto, don Juan?

JUAN:

Amor.

ANA:

Locura, dirás mejor.

JUAN:  
¿Cuándo amor no fue locura?

ANA:  
Sí; mas los fines ignoro  
de estos disfraces que veo.

JUAN:  
Así miro a quien deseo;  
así sirvo a quien adoro.

ANA:  
No; traidoras intenciones  
encubren estos disfraces.

JUAN:  
Falsas conjeturas haces  
por negar obligaciones.

ANA:  
El probarte lo que digo,  
no es difícil.

JUAN:  
Ya lo espero.

ANA:  
¿Quién es ese caballero  
y a qué fin viene contigo?  
Traer quien me diga amores,  
y escucharlos escondido,  
¿podrás decir que no ha sido  
con pensamientos traidores?

JUAN:  
¡Cuán lejos del blanco das!  
Que, si traidores los llamas,  
la mayor fineza infamas  
que ha hecho el amor jamás.

ANA:  
Dila, pues; que a agradecella,  
si no a pagarla, me obligo.

JUAN:

Por obedecer la digo,  
no por obligar con ella.  
Como mi mucha afición  
y poco merecimiento  
engendró en mi pensamiento  
justa desesperación,  
vino amor a dar un medio  
en desventura tan fiera,  
que a mi mal consuelo fuera,  
ya que no fuera remedio;  
y fue que te alcance quien  
te merezca. Tu bien quiero;  
que el efecto verdadero  
es éste de querer bien.  
A este fin tus partes bellas  
al duque Urbino conté,  
si contar posible fue  
en el cielo las estrellas.  
Él, de tu fama movido,  
de tu recato obligado,  
este disfraz ha ordenado,  
con que te ha visto y oído.  
Y ojalá que, conociendo  
tu sujeto soberano,  
dé, con pretender tu mano,  
efecto a lo que pretendo;  
que yo, con verte en estado  
igual al merecimiento,  
al fin quedaré contento,  
ya que no quede pagado.  
Ésta ha sido mi intención;  
y si escuchaba escondido,  
fue porque el ser conocido -  
no estorbase la invención.  
Que juzgues agora quiero  
si he merecido o pecado,  
pues de puro enamorado  
vengo a servir de tercero.

ANA:

Tu voluntad agradezco,  
pero condeno tu engaño;  
que presumes, por mi daño,  
más de mí que yo merezco.  
Porque no es a la excelencia  
del duque igual mi valor;

que no engaña el propio amor  
donde hay tanta diferencia.  
Fue mi padre un caballero  
ilustre; mas yo imagino  
que pensara honrarle Urbino  
si lo hiciera su escudero.  
Y, así, a tan locos intentos  
tus lisonjas no me incitan;  
que afrentosos precipitan  
los soberbios pensamientos.

JUAN:

Mucho, señora, te ofendes,  
porque, sin tu calidad,  
digna es por sí tu beldad  
de más bien que en esto emprendes.  
No te merece gozar  
el duque, ni el rey, ni...

ANA:

Tente:  
la fiebre de amor ardiente  
te obliga a desatinar.  
Tu amoroso pensamiento  
encarece mi valor,  
¡Diérasle al duque tu amor,  
que yo le diera tu intento!

JUAN:

¿Quién podrá quererte menos  
en viendo tu perfección?

ANA:

Al fin, por tu corazón  
quieres juzgar los ajenos;  
y es engaño conocido  
que, si el tuyo por mi muere,  
no con una flecha hiere  
todos los pechos Cupido.  
Y aunque el Duque tenga amor,  
galán querrá ser, don Juan;  
y honra más que un rey galán  
un marido labrador.  
Y aunque en el duque es forzosa  
la ventaja que le doy,  
grande para dama soy,

si pequeña para esposa.

JUAN:

Nadie con tal pensamiento  
ofende tu calidad.

ANA:

De mi consejo, dejad  
de terciar en ese intento;  
porque mayor esperanza  
puede, al fin, tener de mí  
quien pretende para sí,  
que quien para otro alcanza.

Vase doña ANA

JUAN:

¿Posible es que tal favor  
merecieron mis oídos?  
¡Dichosos males sufridos!  
¡Dulces victorias de amor!  
"Que tendrá más esperanza,"  
dijo, si bien lo entendí,  
"quien pretende para sí,  
que quien para otro alcanza."  
Que la pretenda mi amor  
me aconseja claramente;  
y la mujer que consiente  
ser amada, hace favor.

Sale BELTRÁN

BELTRÁN:

Mira que el duque te espera  
y no el padre de Faetón,  
que a publicar tu invención  
apresura su carrera.

JUAN:

En cas de mi amada bella  
son los años puntos breves.

BELTRÁN:

En la taberna no bebes,  
pero te huelgas en ella.

JUAN:  
Bien lo entiendes.

BELTRÁN:  
Alegría  
vierten tus ojos, señor.

JUAN:  
Hacen fiestas a un favor.

BELTRÁN:  
Mucho alcanza la porfía.

Sale CELIA

JUAN:  
Celia amiga, Dios te guarde.

CELIA:  
Y te dé el bien que deseas.

JUAN:  
Como de mi parte seas,  
no hay ventura que no aguarde.

CELIA:  
Si en mi mano hubiera sido,  
tu dicha fuera la mía;  
mas, don Juan, sirve y porfía  
que no va tu amor perdido.

Vase don JUAN

BELTRÁN:  
Y a mí ¿me aprovecharía  
el servir como a mi amo?

CELIA:  
Pues ¿amas también?

BELTRÁN:  
Yo amo  
por sólo hacer compañía.

Sale doña ANA

ANA:  
(Celia está con el criado      Aparte  
de don Juan, y no sosiego  
hasta hablarle; ya está el fuego  
en mi pecho declarado.)

CELIA:  
Mi señora.

BELTRÁN:  
Voyme.

ANA:  
Hidalgo,  
volved. ¿Quién sois?

BELTRÁN:  
Soy Beltrán,  
un criado de don Juan  
de Mendoza.

ANA:  
¿Queréis algo?

BELTRÁN:  
Servirte sólo quisiera.  
Aquí a Celia le decía  
que amo por compañía.

ANA:  
No es conclusión verdadera.  
¿Satirizas?

BELTRÁN:  
No conviene;  
que eso puede sólo hacer  
quien no tiene qué perder  
o qué le digan no tiene.  
Pero yo, ¿cómo querías  
que predique sin ser santo?  
¿Qué faltas diré, si hay tanto  
que remediar en las mías?

ANA:  
Tu gusto desacreditas  
con esa cuerda intención,

porque a la conversación  
la mejor salsa le quitas.

BELTRÁN:

Si ella es salsa, es muy costosa,  
señora; que, bien mirado,  
ni hay más inútil pecado,  
ni falta más peligrosa.

Después que uno ha dicho mal,  
¿saca de hacerlo algún bien?

Los que le escuchan más bien,  
ésos lo quieren más mal.

Que cada cual entre sí  
dice, oyendo al maldiciente,  
"Éste, cuando yo me ausente,  
lo mismo dirá de mí."

Pues si aquél de quien murmura  
lo sabe, que es fácil cosa,  
¿qué mesa tiene gustosa?  
¿qué cama tiene segura?

Viciosos hay de mil modos  
que no aborrecen la gente,  
y sólo del maldiciente  
huyen con cuidado todos.

Del malo más pertinaz  
lastima la desventura;  
solamente al que murmura  
lleva el diablo en haz y en paz.

En la corte hay un señor,  
que muchas veces oí...

(Esto encaja bien aquí      Aparte  
para quitarle el amor)

...que está malquisto de modo,  
por vicioso en murmurar,  
que si lo vieran quemar  
diera leña el pueblo todo.

¿No conoces a don Mendo  
de Guzmán?

ANA:

Beltrán, detente.

El vicio del maldiciente  
has estado maldiciendo,

¿y con tal desenvoltura  
de don Mendo has murmurado?

BELTRÁN:

Pienso que es exceptuado  
murmurar del que murmura.  
Dicen que el que hurta al ladrón  
gana perdones, señora.

ANA:

Dicen mal. Vete en buen hora.

BELTRÁN:

Da a mi ignorancia perdón  
si acaso te ha disgustado.  
(Mal disimula quien ama.)    Aparte

Vase BELTRÁN

CELIA:

Apagado se ha la llama,  
mas mucha brasa ha quedado.  
Pues su ofensa te ofendió,  
sin, duda que en tu memoria  
ha borrado amor la historia  
que esta noche te pasó.

ANA:

Celia, ten. Cierra los labios;  
mira que mi honor ofendes,  
cuando de mi pecho entiendes  
que olvida así sus agravios.  
No los males he olvidado  
que ha dicho de mí don Mendo;  
la infame hazaña estoy viendo  
que hoy en el campo ha intentado,  
en que claramente veo,  
pues tan poco me estimaba  
que engañoso procuraba  
sólo cumplir su deseo.  
Con que ya en mi pensamiento  
no sólo el fuego apagué,  
pero cuanto el amor fue  
es el aborrecimiento.  
Mas esto no da licencia  
para que un bajo criado,  
de hombre tan calificado  
hable mal en mi presencia;  
que no por la enemistad

que entre dos nobles empieza,  
pierden ellos la nobleza,  
ni el villano la humildad.  
Esto, Celia, me ha obligado  
a indignarme con Beltrán;  
que no porque ya don Juan  
no esté solo en mi cuidado.

CELIA:  
¿Al fin su fe te ha vencido?

ANA:  
Con lo que anoche pasó,  
cuanto don Mendo bajó,  
él en mi rueda ha subido.

CELIA:  
¿Declarástele tu amor?

ANA:  
¿Tan liviana me has hallado?  
¿No basta haberle mostrado  
resplandores de favor?

CELIA:  
¡Liviana dices, después  
de dos años que por ti  
ha andado fuera de sí!  
Bien parece que no ves  
lo que en las comedias hacen  
las infantas de León.

ANA:  
¿Cómo?

CELIA:  
Con tal condición  
o con tal desdicha nacen,  
que, en viendo un hombre, al momento  
le ruegan y mudan traje,  
y, sirviéndole de paje,  
van con las piernas al viento.  
Pues tú, que obligada estás  
de tanto tiempo y fe tanta  
--si bien señora, no infanta--  
honestamente podrás

decirle tu voluntad  
con prevenciones discretas,  
sin temer que a los poetas  
les parezca impropiedad.

ANA:  
¿Poco a poco no es mejor?

CELIA:  
¿Tú quiéreslo?

ANA:  
Celia, sí.

CELIA:  
¿Sabes que él muere por ti?

ANA:  
Bien cierta estoy de su amor.

CELIA:  
Pues cuando de esa verdad  
hay certidumbre, yo hallo  
más crueldad en dilatallo  
que en decillo liviandad;  
que el tiempo sirve de dar  
del amor información,  
y es necia la dilación  
si no queda qué probar.

ANA:  
El sujetarme es forzoso,  
Celia, a tu agudeza extraña.

CELIA:  
Es verdad que es poca hazaña  
persuadir a un deseoso.

Vanse doña ANA y CELIA. Sale don MENDO, con  
banda y sin espada, y el CONDE

MENDO:  
"Mis cocheros me han vendido,"  
dijo mi enemiga apenas,  
cuando en espadas y dagas  
truenan agotes y riendas;

y como animosos, mudos,  
indicio de su fiereza  
--que da el valor a los pechos  
lo que les quita a las lenguas--  
embistieron dos a dos  
con tal ímpetu y violencia,  
que pensé, viendo el exceso  
de su valor y sus fuerzas,  
que, transformado en cochero  
Jove por mi ingrata bella,  
vibraba rayos ardientes  
para vengar sus ofensas.  
Porque sus valientes golpes  
eran tantos, que no suenan  
en la fragua de Vulcano  
los martillos tan apriesa.  
Al fin, primo--que a vos solo  
puedo confesar mi afrenta--  
la espada de un hombre humilde  
pudo herirme en la cabeza;  
y tanta sangre corría,  
con ser la herida pequeña,  
que, cegándome los ojos,  
puso fin a la pendencia.  
Volví a curarme a Alcalá,  
que estaba a cuarto de legua,  
más con rabia de la causa,  
que del efecto con pena.  
Esto ha podido en doña Ana  
una mal fundada queja,  
y éste es el premio que traigo  
de celebrarla en las fiestas.

CONDE:

¿Hay suceso más extraño?  
¿Y habéis sabido quién eran  
cocheros tan valerosos?

MENDO:

Como se va con cautela  
procurando, por mi honor,  
que el suceso no se sepa,  
no es averiguarlo fácil;  
mas yo tengo una sospecha;  
que siempre estas viudas mozas  
hipócritas y santeras,

tienen galanes humildes  
para que nadie lo entienda.  
Tal valor en un cochero  
los celos no más lo engendran;  
que nunca así por leales  
los hombres bajos se arriesgan.  
Esto se viene rodado,  
que si no, no lo dijera;  
que ya sabéis que no suelo  
meterme en vidas ajenas.

CONDE:

(¡Así tengas la salud!)    Aparte  
No vengo en esa sospecha.  
El enojo os precipita  
contra tan honradas prendas;  
y no es justo hablar así  
de quien puede ser que sea  
vuestra esposa.

MENDO:

Yo he perdido  
la esperanza y la paciencia.

CONDE:

¿Tan presto?

MENDO:

Volverme quiero  
a mi constante Lucrecia.

CONDE:

(¡Malas nuevas te dé Dios!)    Aparte  
Indicios dais de flaqueza.  
Si doña Ana está engañada,  
procurad satisfacerla.

MENDO:

Niega a mi voz los oídos.

CONDE:

Entrad y habladla con fuerza;  
porque quien el dueño ha sido,  
siempre tiene esa licencia,  
mientras no se satisface  
de que es la mudanza cierta.

Quizá enojada os castiga,  
y no os despide resuelta.  
O decid vuestras disculpas  
en un papel.

MENDO:  
Yo lo hiciera,  
si hubiera de recibirlo.

CONDE:  
Yo me obligo a que lo lea.

MENDO:  
¿Cómo?

CONDE:  
Dámele; que yo  
lo pondré en sus manos mismas.

MENDO:  
Al punto voy a escribir.

Vase don MENDO

CONDE:  
Y yo a pedir a Lucrecia  
que me cumpla su palabra,  
pues ha visto sus ofensas;  
que, pues con doña Ana vino  
de Alcalá en un coche, es fuerza  
que viera lo que has contado,  
y su desengaño viera.  
Y este papel ha de ver,  
para que negar no pueda;  
que modo habrá de excusarme  
cuando don Mendo lo sepa.  
Y consiga yo mi intento,  
suceda lo que suceda;  
que no mira inconvenientes  
el que ciega Amor de veras.

Vase el CONDE. Salen don JUAN y BELTRÁN

BELTRÁN:  
Qué, ¿llegó el tiempo?

JUAN:  
Llegó  
el fin de las ansias mías.

BELTRÁN:  
¡Gracias a Dios que en mis días  
un milagro sucedió!  
¿Que a doña Ana le das pena?  
¿Que olvida al Guzmán Narciso?  
Éste es el tiempo que quiso  
ver el Marqués de Villena.  
Es verdad que de cada año  
lo mismo decir he oído;  
pero viene aquí nacido  
con suceso tan extraño.  
¿Que te quiere bien?

JUAN:  
Sin duda.  
Ya lo dijo claramente,  
y un ángel, Beltrán, no miente.

BELTRÁN:  
Todo en efeto se muda,  
pues algún tiempo, averiguo  
que fue ya la calva hermosa.  
Jamás el tiempo reposa.  
¿No dice un romance antiguo,

"Por mayo era, por mayo;  
cuando los grandes calores,  
cuando los enamorados  
a sus damas llevan flores?"

Pues, ¿ves? Aquí se ha pasado  
a setiembre ya el calor.  
Pero sospecho, señor,  
que tú también te has mudado.  
¿De qué tal melancolía  
te ha cargado en un instante?  
Tahur parece el amante,  
pues no dura su alegría.  
Pero advierto que es flaqueza.

JUAN:  
Déjame con mi aflicción.

BELTRÁN:

¿Ello importa a la invención,  
señor? Pues va de tristeza.

JUAN:

Beltrán, la mudanza mía  
en mudarse toda está;  
que también se mudará  
la causa de mi alegría.  
Que adora así su beldad  
el duque Urbino, que creo  
que, por lograr su deseo,  
perderá la libertad.

BELTRÁN:

¿Que se case temes?

JUAN:

Si.

BELTRÁN:

Pues si tu querida alcanza  
de vista aquesa esperanza,  
bien pueden doblar por ti;  
que por llamarse excelencia,  
¿qué no hará una mujer?

JUAN:

Eso me obliga a perder  
la esperanza y la paciencia.

BELTRÁN:

Pues al remedio, señor.

JUAN:

Dilo tú, si alguno ves.

BELTRÁN:

Si él ama así, no lo es  
el declararle tu amor.  
Mas, pues que tu amada bella  
contigo está declarada,  
antes que él la persüada,  
cásate, señor, con ella.

JUAN:

¿Cómo la podré obligar  
tan brevemente?

BELTRÁN:

Fingiendo

que la herida de don Mendo  
se ha sabido en el lugar,  
y con esto el vulgo toca  
en la opinión de doña Ana;  
que tengo por cosa llana  
que, por taparle la boca,  
si se ha de determinar  
tarde, que quiera temprano  
darte de esposa la mano.

Con esto puedes mostrar  
un desconfiado pecho  
con recelos de su fe,  
por que su mano te dé  
para verte satisfecho.

Que pues dice claramente  
que te quiere, y tú la quieres,  
o ha de hacer lo que quisieres,  
o ha de confesar que miente.

JUAN:

Al jardín irá esta tarde;  
allí la tengo de ver  
y seguir tu parecer.

BELTRÁN:

Nunca ha vencido el cobarde.  
El duque es éste.

Salen el DUQUE y FABIO, su criado

JUAN:

¿Señor?

DUQUE:

Don Juan amigo, yo muero...

JUAN:

¿Cómo?

DUQUE:

En un combate fiero  
de celos, desdén y amor.  
Al ingrato como bello  
ángel que adoro, escribí  
hoy un papel...

JUAN:  
(¡Ay de mí!)      Aparte

DUQUE:  
Y no ha querido leello.

JUAN:  
(El alma al cuerpo me ha vuelto.)      Aparte  
Pues ¿cómo tanto rigor?

DUQUE:  
Nacido es de ajeno amor  
un disfavor tan resuelto.

JUAN:  
Yo a ser amada atribuyo  
el mostrarse tan ingrata.

DUQUE:  
Cuando el efeto me mata,  
sobre la causa no arguyo.  
Lo que es cierto es que yo muero.  
Vos, don Juan, me aconsejad.

JUAN:  
De tan resuelta crueldad  
la mudanza desespero.  
Dejarlo es mi parecer,  
antes que crezca el amor.

DUQUE:  
Ya no puede ser mayor.

JUAN:  
Pues amar y padecer.

Sale MARCELO, criado del DUQUE

MARCELO.  
¿Puedo hablarte?

DUQUE:  
Sí, Marcelo.

MARCELO.  
Dame albricias.

DUQUE:  
Tu tardanza  
me mata.

MARCELO.  
Ya tu esperanza  
ha hallado puerta en tu cielo.  
Hoy va tu dueño crüel  
al jardín, y un escudero  
--que esto ha podido el dinero--  
quiere darte entrada en él.

DUQUE:  
Abrázame.

BELTRÁN:  
(¡Qué doblones!)    Aparte

DUQUE:  
¿No iréis conmigo, don Juan?

JUAN:  
Señor, los que solos van  
gozan bien las ocasiones.

DUQUE:  
Bien decís. Vedme después  
que se esconda el sol dorado;  
sabréis lo que me ha pasado.

Vase el DUQUE y los dos criados

JUAN:        ¡Mal haya el vil interés,  
por quien ni honor ni opinión  
podemos asegurar!

BELTRÁN:    Lo que importa es madrugar  
y hurtarle la bendición.

Vanse don JUAN y BELTRÁN. Salen el CONDE y doña LUCRECIA

CONDE:

¿Negarás, señora mía,  
la palabra que me diste?

LUCRECIA:

Yo no la niego.

CONDE:

¿Y que viste,  
cuando doña Ana venía  
de Alcalá, tu desengaño?

LUCRECIA:

Eso tampoco te niego;  
mas, aunque se apagó el fuego,  
quedan reliquias del daño.

CONDE:

Pues porque arrojes del pecho  
las cenizas que han quedado,  
mira el papel que me ha dado  
don Mendo, de amor deshecho,  
para aplacar el rigor  
de doña Ana de Contreras.  
Si más agravios esperas,  
será bajeza y no amor.

Dale un papel y lee LUCRECIA

LUCRECIA:

"El que sin oír condena,  
oyendo ha de condenar;  
y esto me obliga a pensar  
que es sin remedio mi pena.  
Ya que el cielo así lo ordena,  
dadme sólo un rato oído,  
que, si culpado lo pido,  
para más pena ha de ser,  
sino que os daña saber  
que jamás os he ofendido."

CONDE:

¿Conoces la letra?

LUCRECIA:

Sí.

CONDE:

¿Ves tu engaño?

LUCRECIA:

Ya lo veo,  
conde, y pagarte deseo  
lo que padeces por mí;  
que, además de que premiarte  
es justo tan firme fe,  
gusto a mi padre daré,  
que es en esto de tu parte.  
Hazme gusto de esconderte  
por el jardín. No te vea  
mi prima.

CONDE:

El alma desea  
por gloria el obedecerte.

Vase el CONDE. Salen doña ANA y CELIA

CELIA:

¿Que de esa manera estás?

ANA:

Después que estoy declarada,  
cuanto más resistí helada  
tanto voy ardiendo más.  
¿Quién detrás de este arrayán  
súbitamente lo hallara!

CELIA:

"¡Ay, Celia, y qué mala cara  
y mal talle de don Juan!"  
¿Ves lo que en un hombre vale  
el buen trato y condición?

ANA:

Tanto, que ya en mi opinión  
no hay Narciso que le iguale.  
Prima, ¿qué es eso que lees?

LUCRECIA:

Un billete de don Mendo,  
y mostrártelo pretendo,  
por si sus promesas crees.

ANA:

Ni lo escucho ni le creo.  
Bien puedes vivir segura.

Le da el papel a doña ANA y ella se pone a leerlo

LUCRECIA:

¡No le dé Dios más ventura  
de la que yo le deseo!  
Sólo pretendo que de él  
entiendas lo que te quiere.  
(Haréle el mal que pudiere,      Aparte  
pues da ocasión el papel.)

Sale don JUAN

CELIA:

(Llega atrevido y dichoso.)      Aparte

Don JUAN se llega por un lado a doña ANA

JUAN:

(Un papel está leyendo,      Aparte  
y es la letra de don Mendo.)  
¿Tendrá licencia un celoso,  
a quien tu dueño has llamado,  
para ver ese papel?

ANA:

Don Juan, si ha nacido de él  
ese celoso cuidado,  
pide licencia primero  
a mi prima y lo verás.

JUAN:

¿Luego licencia me das  
de decille que te quiero?

ANA:

Sí; que este lance es forzoso,

puesto que el alma te adora.

JUAN:

Dadme licencia, señora,  
por amante o por celoso,  
para ver este papel.

LUCRECIA:

Mi gusto en doña Ana vive.

ANA:

Agora sabe que escribe  
don Mendo a Lucrecia en él.

JUAN:

¿Don Mendo a Lucrecia?

ANA:

Sí;  
decirlo puede mi prima.

JUAN:

Si tanto tu gusto estima,  
más que eso dirá por ti;  
pero aquí el mismo papel  
es bien que el testigo sea.

LUCRECIA:

Satisfacerme desea,  
y audiencia me pide en él.

Toma don JUAN el papel y lee

JUAN:

"El que sin oír condena,  
oyendo ha de condenar,  
y esto me obliga a pensar  
que es sin remedio mi pena.  
Ya que el cielo así lo ordena,  
dadme solo un rato oído,  
que, si culpado lo pido,  
para, más pena ha de ser;  
sino que os daña saber  
que jamás os he ofendido."

Doña Ana, ¿qué te ha obligado

a pretenderme engañar?  
¿Qué te puedo yo importar  
no querido y engañado?  
A ti vienen dirigidas  
las razones que he leído;  
que sobre lo sucedido,  
son palabras conocidas.

ANA:  
Cuando a mí venga el papel,  
¿da gracias de algún favor,  
o quejas de mi rigor?  
Luego te obligo con él.

JUAN:  
Mejor modo de obligar  
fuera no haberlo leído,  
que quien escucha ofendido,  
no huye de perdonar.  
¿Ajeno papel recibes  
cuando mía te has nombrado?  
O poco me has estimado  
o livianamente vives.  
De donde he ya conocido  
que vivir me está más bien  
desdichado en tu desdén,  
que en tu favor ofendido.  
Yo me iré donde jamás  
pueda otra vez engañarme  
tu favor...

ANA:  
¿Quieres matarme,  
señor?

JUAN:  
Suelta.

ANA:  
o te irás  
sin oírme. Prima mía,  
ayúdamele a tener.

JUAN:  
Soltad.

LUCRECIA:

Ya es esto perder  
la debida cortesía.

CELIA:

Don Mendo está en el jardín.

ANA:

¿Don Mendo?

CELIA:

Por fuerza ha entrado.

ANA:

A coyuntura ha llegado,  
que daré a tus celos fin.  
Los dos tras ese arrayán  
os entrad, donde escondidos,  
los ojos y los oídos  
satisfacción os darán.

JUAN:

Sola tu mano ha de ser  
quien me tenga satisfecho.

ANA:

Señor eres ya del pecho;  
poco te queda que hacer.

Sale don MENDO. Doña LUCRECIA y don JUAN, se  
esconden. CELIA queda retirada, cerca de ellos

MENDO:

Ni quiero que me perdones  
ni volver quiero a tu gracia;  
y si tal pidiere, cierra  
el oído a mis palabras.  
Mis descargos solamente  
quiero que escuches, doña Ana,  
por volver por mi opinión,  
no por culpar tu mudanza.  
Si al duque Urbino de ti  
dije una noche mil faltas,  
fue temor de que en su pecho  
engendrarse Amor tu fama;  
porque don Juan de Mendoza

contaba sus alabanzas,  
y a la pólvora de un modo  
la menor centella basta.  
A tu prima le escribí  
mil agravios por tu causa,  
desengañando su amor  
y encareciendo tus gracias.  
Si ella te ha dicho otra cosa,  
presto verás que te engaña;  
que el traslado traigo aquí.  
Oye sus mismas palabras.

Lee don MENDO

"Tu sentimiento encareces  
sin escuchar mis disculpas.  
Cuanto sin razón me culpas,  
tanto con razón padeces.  
Si miras lo que mereces,  
verás cómo la pasión  
te obliga a que, sin razón,  
agravies, en tu locura,  
con las dudas, la hermosura;  
con los celos, la elección.  
Lucrecia, de ti a doña Ana  
ventaja hay más conocida  
que de la muerte a la vida,  
de la noche a la mañana.  
¿Quién a la hermosa Dïana  
trocará por una estrella?  
Deja la injusta querella,  
desengaña tus enojos;  
que tengo un alma y dos ojos  
para escoger la más bella."

Mira si más claramente  
pude yo desengañarla.  
Si ella lo entendió al revés,  
en mí no estuvo la falta.  
Que quise en el campo usar  
de fuerzas dirás. ¡Ah, ingrata!  
Como a esposa lo intenté,  
si te ofendí como a extraña;  
y delinquir en el campo  
no fue mucho, si llevara  
anticipado el castigo

con mil flechas en el alma.  
Tus quejas y mis disculpas  
éstas son. La furia amansa.  
Huya de tu hermoso cielo  
la nube de tu desgracia;  
que el cielo, el aire, la tierra  
son testigos de mis ansias.  
No hay quien dude mis verdades  
sino tú, que eres la causa.  
Ésta es mi mano de esposo;  
y con disculpa tan clara,  
o no niegues mi firmeza,  
o confiesa tu mudanza.

LUCRECIA:

(Aquí se casan sin duda.)    Aparte

JUAN:

(Aquí sin duda se casan.)    Aparte  
¿Saldré, Celia?

CELIA:

No la enojas  
cuando te importa obligarla.

Sale el DUQUE con un ESCUDERO, y quédase  
escondido a una parte del teatro tras el paño

ESCUDERO:

De aquí podéis aguardar  
a que don Mendo se vaya.

Vase el ESCUDERO

ANA:

Don Mendo, yo te confieso  
que tu descargo es muy llano,  
y que con darme la mano  
puede cerrarse el proceso;  
pero tu intento no tiene  
remedio; ya me has perdido,  
y resuelto el ofendido,  
tarde la disculpa viene.  
Digo que fue la intención  
con que hablaste mal de mí  
al duque, querer así

librarme de su afición;  
mas fue público el hablar,  
la intención oculta fue.  
Si por lo escrito juzgué,  
no te me puedes quejar.  
Y agora te desengaña  
de cuán malo es hablar mal  
pues con ser la causa tal  
y el fin tan bueno, te daña.  
Por el mal medio condeno  
el buen fin. Todo lo igualo;  
en que verás que lo malo,  
aun para buen fin, no es bueno.  
Tu lengua te condenó  
sin remedio a mi desdén.  
A toda ley, hablar bien,  
que a nadie jamás dañó.  
Con esto, si eres discreto,  
mudar intento podrás.

MENDO:

¿Resuelta en efeto estás?

ANA:

Resuelta estoy en efeto.

MENDO:

Mira lo que dices.

ANA:

Digo

que es vana tu prevención.  
porque ésta, resolución  
es, don Mendo, no castigo.

MENDO:

Ya lo que dice de ti  
la fama creer es justo;  
que informa de tu mal gusto  
el aborrecerme a mí.  
Del cochero que me hirió  
se habla mal, y mal sospecho,  
que tal brío en bajo pecho,  
de tus favores nació.

ANA:

Tente, no me digas más.  
Yo estorbaré mis afrentas.  
Por donde obligarme intentas  
del todo me perderás.  
El cochero que te hirió,  
don Mendo, mostrarte quiero.  
Bien podéis salir, cochero.

Salen al teatro, y todos empuñan las espadas.  
Don JUAN y doña LUCRECIA por un lado, y por otro el DUQUE.  
Después, BELTRÁN y el CONDE

JUAN:  
Yo soy el cochero.

DUQUE:  
Y Yo.

ANA:  
Caballeros, detenéos;  
que a mí ese daño me hacéis.

DUQUE:  
Basta que vos lo mandéis.

JUAN:  
Serviros son mis deseos.

ANA:  
Éstos los cocheros son  
por quien mi opinión se infama  
y por quitar a la fama  
de mi afrenta la ocasión,  
le doy la mano de esposa  
a don Juan.

Danse las manos

JUAN:  
Y yo os la doy.

CELIA:  
¡Buena Pascua!

BELTRÁN:  
¡Loco estoy!

Empuña el DUQUE contra don JUAN

DUQUE:

Vuestra amistad engañosa  
castigaré.

JUAN:

Detenéos;  
que yo nunca os engañé.  
Recato y no engaño fue  
encubriros mis deseos;  
que, si os queréis acordar,  
sólo os tercié para verla,  
y, en empezando a quererla,  
ya dejé de acompañar.

ANA:

Y en fin, si bien lo miráis,  
el dueño fui de mi mano;  
y sobre mi gusto, en vano  
sin mi gusto disputáis.  
A don Juan la mano di,  
porque me obligó diciendo  
bien de mí, lo que don Mendo  
perdió hablando mal de mí.  
Éste es mi gusto, si bien  
misterio del cielo ha sido,  
con que mostrar ha querido  
cuánto vale el hablar bien.

MENDO:

Antes sospecho que fue  
pena del loco rigor,  
con que, por ti, el firme amor  
de tu prima desprecié.  
Mas con llorar mi mudanza  
y gozar su mano bella,  
estorbaré su querella  
y mi engaño y tu venganza.

LUCRECIA:

¿Quién os dijo que sustenta  
hasta agora el alma mía  
vuestra memoria?

BELTRÁN:

Él hacía  
sin la huésped a la cuenta.

LUCRECIA:

Vos hablastes, pretendiendo  
a doña Ana, mal de mí.

MENDO:

¿Yo a doña Ana mal de ti?

LUCRECIA:

Las paredes oyen, Mendo.  
Mas, puesto que en vos es tal  
la imprudencia, que queréis  
ser mi esposo, cuando habéis  
hablando de mí tan mal,  
yo no pienso ser tan necia  
que esposa pretenda ser  
de quien quiere por mujer  
a la misma que desprecia;  
y, porque con la esperanza  
el castigo no aliviéis,  
lo que por falso perdéis,  
el Conde por firme alcanza.  
Vuestra soy.

Da la mano al CONDE

MENDO:

¡Todo lo pierdo!  
¿Para qué quiero la vida?

CONDE:

Júzgala también perdida,  
si en hablar no eres más cuerdo.

BELTRÁN:

Y pues este ejemplo ven,  
suplico a vuestras mercedes  
miren que oyen las paredes,  
y, a toda ley, hablar bien.

FIN DE LA COMEDIA